

1814
5665

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LAS HUÉRFANAS DE LA CARIDAD,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9

1857.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: libreria de Cuesta, calle Mayor, num. 2.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	<i>Perez.</i>	<i>Motril.</i>	<i>Ballesteros.</i>
<i>Alcoy.</i>	<i>V. de Marti é hijos.</i>	<i>Nanzanares.</i>	<i>Acebedo.</i>
<i>Algeciras.</i>	<i>Almenara.</i>	<i>Mondoñedo.</i>	<i>Delgado.</i>
<i>Alicante.</i>	<i>Ibarra.</i>	<i>Orense.</i>	<i>Robles.</i>
<i>Almeria.</i>	<i>Alvarez.</i>	<i>Oviedo.</i>	<i>Palacio.</i>
<i>Aranjuez.</i>	<i>Prado.</i>	<i>Osuna.</i>	<i>Montero.</i>
<i>Avila.</i>	<i>Rico.</i>	<i>Palencia.</i>	<i>Gutierrez é hijos.</i>
<i>Badajoz.</i>	<i>Orduña.</i>	<i>Palma.</i>	<i>Gelabert.</i>
<i>Barcelona.</i>	<i>Viuda de Mayol.</i>	<i>Pamplona.</i>	<i>Barrena.</i>
<i>Bilbao.</i>	<i>Astuy.</i>	<i>Palma del Rio.</i>	<i>Gamero.</i>
<i>Burgos.</i>	<i>Hervias.</i>	<i>Pontevedra.</i>	<i>Cubeiro.</i>
<i>Cáceres.</i>	<i>Valiente.</i>	<i>Puerto de Santa</i>	
<i>Cádiz.</i>	<i>V. de Moraleda.</i>	<i>Maria.</i>	<i>Valderrama.</i>
<i>Castrourdiales.</i>	<i>Saenz Falceto.</i>	<i>Puerto-Rico.</i>	<i>Marquez.</i>
<i>Córdoba.</i>	<i>Lozano.</i>	<i>Reus.</i>	<i>Prins.</i>
<i>Cuenca.</i>	<i>Mariana.</i>	<i>Ronda.</i>	<i>Gutierrez.</i>
<i>Castellon.</i>	<i>Gutierrez.</i>	<i>Sanlucar.</i>	<i>Esper.</i>
<i>Ciudad-Real.</i>	<i>Arellano.</i>	<i>S. Fernando.</i>	<i>Meneses.</i>
<i>Coruña.</i>	<i>García Alvarez.</i>	<i>Sta. Cruz de Te-</i>	
<i>Cartagena.</i>	<i>Muñoz Garcia.</i>	<i>nerife.</i>	<i>Ramirez.</i>
<i>Chiclana.</i>	<i>Sanchez.</i>	<i>Santander.</i>	<i>Laparte.</i>
<i>Ecija.</i>	<i>García.</i>	<i>Santiago.</i>	<i>Escribano.</i>
<i>Figueras.</i>	<i>Conte Lacoste.</i>	<i>Soria.</i>	<i>Rioja.</i>
<i>Gerona.</i>	<i>Dorca.</i>	<i>Segovia.</i>	<i>Alonso.</i>
<i>Gijon.</i>	<i>Sanz Crespo.</i>	<i>S. Sebastian.</i>	<i>Garralda.</i>
<i>Granada.</i>	<i>Zamora.</i>	<i>Sevilla.</i>	<i>Alvarez y Comp.</i>
<i>Guadalajara.</i>	<i>Oñana.</i>	<i>Salamanca.</i>	<i>Huebra.</i>
<i>Habana.</i>	<i>Charlainy Fernz.</i>	<i>Segorbe.</i>	<i>Clavel.</i>
<i>Haro.</i>	<i>Quintana.</i>	<i>Tarragona.</i>	<i>Aymal.</i>
<i>Huelva.</i>	<i>Osonno.</i>	<i>Toro.</i>	<i>Tejedor.</i>
<i>Huesca.</i>	<i>Guillen.</i>	<i>Toledo.</i>	<i>Hernandez.</i>
<i>Jaen.</i>	<i>Idalgo.</i>	<i>Teruel.</i>	<i>Castillo.</i>
<i>Jerez.</i>	<i>Bueno.</i>	<i>Tuy.</i>	<i>Martz. de la Cruz.</i>
<i>Leon.</i>	<i>Via da de Miñon.</i>	<i>Talavera.</i>	<i>Castro.</i>
<i>Lérida.</i>	<i>Zara y Suarez.</i>	<i>Valencia.</i>	<i>Moles.</i>
<i>Lugo.</i>	<i>Pujol y Masia.</i>	<i>Valladotid.</i>	<i>Hernainz.</i>
<i>Lorca.</i>	<i>Delgado.</i>	<i>Vitoria.</i>	<i>Galindo.</i>
<i>Logroño.</i>	<i>Verdejo.</i>	<i>Villanueva y Gel-</i>	
<i>Loja.</i>	<i>Cano.</i>	<i>trú.</i>	<i>Magin Beltran y</i>
<i>Málaga.</i>	<i>Cañavate.</i>	<i>Ubeda.</i>	<i>compañia.</i>
<i>Mataró.</i>	<i>Abadal.</i>	<i>Zamora.</i>	<i>Treviño.</i>
<i>Murcia.</i>	<i>Hermanos de An-</i>	<i>Zaragoza.</i>	<i>Calamita.</i>
	<i>drión.</i>		<i>V. Andrés.</i>

1 1sta

LAS HUÉRFANAS DE LA CARIDAD,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON ISIDORO GIL.

*Representado por primera vez en Madrid en el teatro de Novedades,
el 14 de Noviembre de 1857.*



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1857.

La propiedad de este drama pertenece á su traductor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirlo ni representarlo en los teatros de España y sus posesiones ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales del Sr. Gullon, editor de la gallería lírico-dramática EL TEATRO, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

A Maria Rodriguez.

Esta obra estaba condenada á morir y tú la has dado vida, la has salvado. Cumpló con un deber de conciencia consignándolo aqui, al paso que te doy las gracias, y tambien á aquellos de tus compañeros que han contribuido al feliz éxito de un drama que puedes considerar como tuyo.

20 de Noviembre de 1857.

Isidoro Gil.

PERSONAJES.

ACTORES.

VAN DELBERG, Burgomaestre de la ciudad de la Haya.	D. JOSÉ CALVO.
HORACIO DE ALBARET, oficial de marina.....	D. ANTONIO ZAMORA.
DIETRIC, síndico criminal...	D. LÁZARO PEREZ.
WILFRIDO DIETRIC, su sobrino.....	D. ANTONIO BERMONET.
FLORIDOR.....	D. CALIXTO BOLDUN.
PETERS, posadero.....	D. CEFERINO HERNANDEZ.
UN MOZO DE CORDEL.....	
JUAN, criado del Burgomaestre.....	D. JUAN CRUZ.
MARTA. { Incluseras.....	D. ^a MARIA RODRIGUEZ
TERESA. {	D. ^a LUTGARDA PEREZ.
CLARA VAN DELBERG.....	D. ^a VICENTA MARTIN.
FELISA su hija.....	D. ^a MARIA MENENDEZ.

La accion pasa en la Haya en 1715.



ACTO PRIMERO.



Patio interior de una posada. En el fondo una puerta grande que deja ver el campo. A la derecha, en primer término, otra puerta grande, bajo cuya bóveda hay una escalera que conduce á una galeria de madera que da la vuelta á la decoracion: á esta galeria dan todas las puertas de los cuartos del piso principal. A la derecha un banco de jardin: á la izquierda, mesa y sillás: en el fondo, á la derecha, sobre la galeria, la puerta del cuarto de Marta. En el piso bajo, á la derecha, tercer término, el cuarto de Horacio, y á la izquierda en el mismo término el de Clara.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, PETERS, CRIADOS.

- PET. Vamos, al instante, (*En la galeria á la derecha.*) ¿estais sordos? Un coche acaba de entrar en el primer patio... (*Los criados corren fuera.*) ¡Ay Dios mio! es el coche del burgomaestre de la Haya... y con señoras... ¡Teresa!... ¡Teresa!... (*Teresa sale por la derecha.*)
- TER. Si, (*Dirigiéndose hácia el foro.*) señor Peters, voy corriendo... (*La mujer y la hija del burgomaestre, que son tan bondadosas conmigo, y que me han ofrecido llevarme á su casa!*) (*Teresa desaparece, asi como los demas criados, por el foro.*)

PET. ¡El burgomaestre de la Haya!... (*Bajando de la galería.*) ¡el primer funcionario de la ciudad!... ¡Qué honra para mi posada!

ESCENA II.

PETERS, VAN DELBERG, CLARA, FELISA, JUAN, TERESA.

PET. Mil perdones (*Con muchas reverencias.*) os pido, señor burgomaestre, si...

DELB. Nada de cumplimientos: dime á qué hora llega el barco de Rotterdam.

PET. Eso depende, señor burgomaestre, del número de viajeros que embarca y desembarca en el camino.

DELB. Un viaje de cuatro leguas por un canal, en un barco tirado por caballerías, debe tener un tiempo fijo ó muy poco variable.

PET. Regularmente llega á la Haya entre cinco y seis...

DELB. No son mas que las cuatro y media... (*Sacando el reloj.*) Dispon un cuarto para mi mujer y mi hija. (*Peters se inclina gozoso.*) ¡Anda tú tambien, Juan! (*El criado de Van Delberg sigue á Peters y á Teresa, que se van por la izquierda, tercer término.*)

ESCENA III.

LOS MISMOS menos PETERS, TERESA y el CRIADO.

FELISA. ¿Os acompañaremos para salir á recibir á mi hermano?

DELB. No hay necesidad... el aire está muy fresco... dentro de un minuto me hallaré de vuelta con Federico!

FELISA. ¡Hermano idolatrado!

CLARA. ¡Qué alegría, verle al cabo de año y medio de ausencia!

FELISA. ¿Y qué dirá él cuando nos encuentre á los tres aquí... en lugar de hallarnos á una legua, en nuestro palacio?...

CLARA. A tí debemos la feliz idea de venir á esta posada, Felisa.

FELISA. Si, pero temo que Federico no llegue hoy.

DELB. ¡Habiendo escrito á tu madre!... no puede faltar.

FELISA. El hombre propone y Dios dispone... Hay mucho que andar de Versalles á la Haya, y luego, quizá le detiene

su amigo... Se me figura, no sé por qué, que han de llegar juntos.

CLARA. ¡Y cómo supones?...

FELISA. Federico habla tan á menudo de ese caballero en sus cartas... que por eso... y ademas, como es un marino, siempre me he dicho yo que podria querer visitar la Holanda...

JUAN. Señor amo... *(A la puerta de la izquierda.)*

DELB. Muy bien: guia á las señoras... yo voy á casa de mi amigo Averult á esperar la llegada del barco.

CLARA. ¡Hasta luego! *(Van á retirarse. Dietric sale por el foro y las saluda.)*

ESCENA IV.

LOS MISMOS, DIETRIC.

DIET. ¡El burgomaestre y las señoras!...

CLARA. ¡Es él!...

DELB. ¡El síndico criminal por aqui!... Apuesto á que viene á recibir á alguno como yo?..

DIET. Si, señor burgomaestre, á mi querido sobrino, que salió ayer para Rotterdam y que ya tarda.

DELB. ¡Mucho le quereis!...

DIET. ¡Es mi alegría, mi orgullo!... Apenas tiene veintinueve años y es ya un abogado célebre, un diputado de los Estados provinciales... y acaso pronto irá á los Estados generales... Es la única felicidad de mi vida... *(Mirando á Clara furtivamente.)* ¡que ha quedado á salvo en el naufragio de mis ilusiones!

FELISA. ¡Pobre señor!

CLARA. Ven, hija mia.

FELISA. ¡Cómo tiembla tu mano!

CLARA. Ya te ha dicho tu padre que el aire está muy fresco: ven, hija mia, ven.

DELB. Voy á casa de mi amigo. *(A su mujer.)*

DIET. Permitidme que os acompañe hasta la puerta; *(Mirando á Clara.)* luego volveré. *(Saluda á las señoras y váse con Van Delberg.)*

TER. Para serviros. *(Haciendo una cortesía á las señoras, que se dirigen hácia la izquierda.)*

FELISA. Ven mañana á casa, hija mia: mi madre tiene una cosa

que decirte.

TER. Iré, iré, señorita...

ESCENA V.

TERESA sola. Luego MARTA.

TER. ¿Si me querrá tomar á su servicio?... ¡Qué felicidad! Estar de doncella de la señorita Felisa, en lugar de llevar el libro de cuentas de la posada!... Entonces no habria en la Haya una huérfana de categoria mas elevada que yo.—Buenos dias, Marta.

MARTA. Buenos dias. (*Distraida. Se va á sentar delante de una mesa, bajo una especie de cenador, formado con las enredaderas que por todas partes suben hasta la galeria.*)

TER. El barco pasó muy temprano hoy.

MARTA. Si. (*Con la frente apoyada en la mano y la vista fija delante de sí.*)

TER. ¿Y habia muchos viajeros?

MARTA. No.

TER. Si... no... ¡Qué sequedad para hablar conmigo! Nadie diria que nos hemos criado juntas en la Inclusa.

MARTA. ¿Y qué le hace?... (*Levantando la cabeza y mirando á Teresa con desden.*) El hospicio es grande y muchas las incluseras. Si diera uno su corazon á todo el mundo, nada la quedaria para sí...

TER. Quedaria el de los demas, (*Picada.*) y á veces se saldria ganando.

MARTA. ¿Por qué hablas conmigo (*Volviéndole la espalda.*) si soy tan aborrecible?

TER. Te hablo porque nos conocemos hace mucho tiempo... pero te detesto... (*Llora.*)

MARTA. ¡Pobre criatura! (*Tendiéndole la mano.*)

TER. Gracias, (*Calmándose, le da un beso.*) amiga mia. Tu viaje no ha sido malo, ¿no es verdad?

MARTA. Al contrario.

TER. Dime, (*Tocando el pequeño envoltorio que está sobre la mesa.*) ¿te han dado un encargo?

MARTA. Yo no hago encargos de nadie...

TER. ¿Y este envoltorio?

MARTA. Es mio. ¡Curiosa!

TER. ¡Curiosa yo!... (*Dándole vueltas.*) Cruge como la seda...

MARTA. Porque lo es.

TER. ¿Y para quién?

MARTA. Para mí.

TER. Tafetan para tí... ¡Pero si tienes que llevar el traje de uniforme como yo!

MARTA. Hasta los veintiun años debemos, en efecto, conservar este bonito uniforme antiguo gris y rojo... la divisa de las huérfanas adoptadas por el Estado; pero cumpliré los veintiun años dentro de diez meses...

TER. ¿Y entonces serás tan rica que podrás usar vestidos de seda?

MARTA. Si me caso...

TER. ¡Con un baron, como nuestra compañera Gertrudis!...

MARTA. ¿Y por qué no?

TER. ¡Ya!... pero Gertrudis es muy bonita, sin ofenderte!

MARTA. Hace un instante me miraba con buenos ojos un jóven que vale tanto como el baron de Gertrudis.

TER. ¡Un jóven te ha hecho la córte!... ¡Qué atrevimiento!

MARTA. Si, á bordo de mi barco... un extranjero.

TER. ¡Un extranjero!... eso es otra cosa... no sabia que eres hija del Estado... ¿Y qué te ha dicho?

MARTA. Nada, ¡pero sus ojos eran bien elocuentes!...

TER. Quizás no ha sabido explicarse de otro modo, si es extranjero!

MARTA. Habla francés (*Subiendo hácia el foro.*) como todo el mundo aqui... es un oficial de marina...

TER. ¡Es un marino francés!

MARTA. Tiene veinticinco años, cincuenta mil escudos de renta (*Pensativa.*) y el título de conde. (*Se sienta á la izquierda.*)

TER. ¡Y todo eso te ha dicho con los ojos!

MARTA. No, viaja con un hombre muy charlatan y que parece rico.

TER. Será su criado... nadie mas charlatan que un criado.

MARTA. Este, aunque prodiga muchas atenciones al conde, no es su criado... se llama el señor... Floridor... si mal no me acuerdo.

TER. No verás mas á semejante conde.

MARTA. ¡Quién sabe!... Su compañero de viaje me suplicó le indicara una buena posada.

TER. Y naturalmente salió á relucir esta... Muy bien: puede ser que el oficialito se enamore de Marta hasta el punto de casarse con ella...

MARTA. Te burlas... (*Levantándose.*) pero has de saber que el hombre que Marta elija, será su esposo, sea cual fuere su categoria ó su fortuna... Para esto basta que sea extranjero.

TER. Te comprendo, Marta, tu ambicion te perderá.

MARTA. (*Tomando su envoltorio.*) ¿No ves que me chance o? (*Sube la escalera que conduce á la galeria.*)

TER. Si es una chanza, está bien... pero no le hace, su-idea me estremece... Francamente, una pobre huérfana debe contentarse con un artesano honrado.

MARTA. ¿Vendrá á esta posada? (*Desde la puerta de su cuarto. Wilfrido y Horacio salen por el foro.*)

ESCENA VI.

LAS MISMAS, WILFRIDO y HORACIO.

HOR. ¿Conque paramos aquí?...

MARTA. ¡Es él!.. (*Entra en su cuarto.*)

TER. ¿Qué quieren estos señores?..

HOR. ¡Toma! ¡otra jóven vestida como la del barco!

TER. Es el extranjero de Marta...

HOR. ¿Quereis darnos algo de comer?

TER. Con mucho gusto, señor, voy corriendo.

ESCENA VII.

HORACIO, WILFRIDO.

WILF. A fé mia, caballero, ignoro si debo aceptar...

HOR. Sentiria mucho que no me acompañárais á comer.

WILF. Entonces aceptado... os confieso que me gusta extrordinariamente vuestra compañía.

HOR. Pues por mi parte, desearia prolongar nuestra amistad (*Van á sentarse cerca de la mesa á la izquierda.*)

WILF. ¡Cuánta amabilidad!.. Pero decidme, ¿quién es ese señor Floridor que viste como un príncipe, y que os sirve como un lacayo?

HOR. Es un desconocido que desde Paris viene acompañándome como un amigo.

FLOR. ¿Pero quién es?

WILF. ¿Lo ignoro... Le veo con mucho dinero... pero es hombre de pocos alcances. Le he dejado en el barco encargado de traer mi equipaje.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. FLORIDOR *seguido de un mozo de cordel con un cofre á la espalda, y una maleta en cada mano.*

FLOR. ¡Por aqui! ¡Por aqui! (*Fuera.*)

HOR. ¡Ahi le teneis!

FLOR. Señor conde, aqui está todo.

HOR. Bien, señor Floridor, que lo entren en cualquier cuarto.

FLOR. Está muy bien, señor conde. (*Indica al mozo un cuarto bajo á la derecha, el mozo entra, deja los equipajes, y luego vuelve á salir. Floridor le paga y le despide.*)

HOR. ¿Estais en ánimo de continuar el viaje?

FLOR. Depende de vos, (*Septándose á la mesa con Horacio y Wílfrido.*) señor conde.

HOR. ¿En suma, pensais acompañarme por todas partes?

FLOR. Habiendo venido hasta la Haya, no eucueuro motivo para no seguir mas lejos.

HOR. Sin embargo, supongo que habeis venido aqui, porque lo exigen vuestros asuntos?

FLOR. No tengo yo ningun asunto, gracias á Dios... Salí de París con ánimo de ir á comer con mi señora, que me esperaba en un pueblecillo de las cercanias, y héme aqui en Holanda...

HOR. ¿Y vuestra esposa?

FLOR. Esperando... ¡pero creo que comeria sin mí!

WILF. ¡Oh! no sois un hombre cumplido con las mujeres.

FLOR. ¡Quisiera yo veros con la mia!

HOR. ¿Es jóven y bonita?

FLOR. ¡Oh! jóven! si... para su edad... tendrá unos cuarenta y cinco años... y no representa mas que cuarenta y nueve... en cuánto á la hermosura, es jorobada.

HOR. ¿Y cómo la habeis (*Levantándose.*) tomado por mujer?

FLOR. Es toda una historia. (*Siguiéndole.*) Yo era un pobre hortelano, cuando mi prima Aurelia (que asi se llama) me propuso sacarme de mi triste situacion, haciéndome partícipe de mil setecientas libras de renta que poseia... Nos casamos... quince dias despues del matrimonio, recibo una carta de un escribano de Paris participándome que yo heredaba la inmensa fortuna del famoso banquero Floridor.

- HOR. ¿Hablais del traficante Floridor que dejó doce millones á su sobrino, un labrador miserable?
- FLOR. De ese mismo liablo... Yo habia salido de mi tierra hacia tres años, y me buscaban... Aurelia lo sabia, y por atrapar mis doce millones, me trajo en dote sus mil setecientas libras de renta, sus cuarenta y cinco años, (*Alzando el hombro.*) y su joroba!
- HOR. ¡Infortunado!
- FLOR. Ahora comprendereis mi gusto de estar lejos de mi cara mitad... Por eso cuando me vi en el carruaje con vos, señor conde, me quedé encantado de vuestra distincion y amabilidad, y quise que entráramos en relaciones para acostumbrarme á los modales de la gente noble. ¡Qué hambre tengo, señor conde!
- HOR. Muy bien, podeis (*Riendo.*) ir á ver si disponen la comida.
- FLOR. ¡Mozo! ¡Mozo! (*Llamando.*)
- TER. ¿Quién llama? (*Saliendo.*)
- HOR. ¿Y la comida? (*Sentándose con Wilfrido.*)
- FLOR. Si, la comida, mozo. Toma ¡qué (*Volviéndose.*) guapos son los mozos de esta tierra! ¡La comida, mozuela! (*La pasa la mano por la barba.*)
- TER. Se está haciendo, señores.
- FLOR. Voy allá yo tambien. (*Cogiéndola por la cintura.*)
- TER. (¡Este debe ser el ricachon de que hablaba Marta!) Como gusteis, señor Floridor. (*Entra por la derecha.*)
- FLOR. ¡Mi nombre es conocido en Holanda! ¡Pero qué chicas tan guapas hay por aqui! Ocho días hace que mi mujer me espera, y muchas ganas tengo de hacerla esperar aun cinco ó seis meses. (*Sigue á Teresa despues de haber saludado al conde.*)
- WILF. ¡Qué hombre tan raro!

ESCENA IX.

WILFRIDO, HORACIO.

- HOR. Ya conoceis á Floridor, ahora os falta conocerme á mí. El conde Horacio (*Levantándose.*) de Albaret, teniente de navio de la marina de S. M. el rey Luis XV.
- WILF. Wilfrido Dietric, abogado y diputado de (*Levantándose á*

su vez.) los Estados provinciales de Holanda. (*Se saludan y se dan la mano.*)

HOR. ¡Ah! ¡Sois diputado!

WILF. ¡Y abogado tambien! (*Mostrando un libro que dejó sobre la mesa.*) Aquí me veis con las armas del oficio, la recopilacion de nuestras leyes; vengo de defender una causa en Rotterdam.

HOR. Y ahora que me acuerdo, siendo un pesonaje político como sois, conocereis á Federico Van Delberg?

WILF. ¿El hijo del Burgomaestre?

HOR. Es amigo mio... Juntos debiamos venir aqui, pero vuestro embajador le suplicó que detuviera su marcha, y traigo una carta para su madre donde se lo dice.

WILF. (¡Si será un rival!) (*Pensativo.*) Entonces sereis recibido muy amistosamente por la señora Van Delberg y por... su hija.

HOR. ¿La señorita Felisa? (*Con viveza.*)

WILF. ¿Sabeis su nombre?

HOR. ¡Federico me ha hablado tanto de ella! la quiere con delirio...

WILF. ¡Hablar mucho (*Con intencion.*) á un amigo de una hermana idolatrada... es peligroso!

HOR. ¿Creeis que uno pueda enamorarse de una desconocida?

WILF. ¡Oh! ¡No hace mucho que así me ha parecido!

HOR. ¿Aludis á la jóven del barco?..

WILF. La mirabais un tanto con sorpresa y admiracion...

HOR. ¡Confieso que esa jóven tiene un no sé qué, que escita simpatias!..

WILF. Ese es el caso.

HOR. ¿Tanto os asustan las jóvenes bonitas de esta tierra?

WILF. Si, cuando son incluseras... ¡pero no me direis al cabo!..

HOR. Francamente, (*Sentándose en el banco á la derecha.*) os diré que si la contemplaba tanto es porque creí descubrir en sus ojos como el reflejo de una mirada que apenas he visto un instante... pero que tengo y tendré bien presente...

WILF. Ya caigo; se parece (*Con alegia.*) á una mujer que habeis amado mucho, que todavia amais?..

HOR. ¿Habeis oido contar la historia de un pintor aleman que se murió por consuncion, y todo por una madona de Rafael, en cuyos ojos decia que habia visto brillar dos lá-

- grimas seguidas de una sonrisa inefable cuando, terminada su copia, se despidió de la obra divina?
- WILF. Creo acordarme...
- HOR. Pues mi historia viene á ser lo mismo.
- WILF. En primer lugar no habeis muerto...
- HOR. Y luego no soy pintor, (*Con alegría.*) dibujo un poco, y á eso se reduce todo mi saber... Además, no se trata de una obra maestra de pintura... sino de una obra maestra de Dios... La escena tampoco es en Roma, es en los Alpes; la madona subia un monte bien acompañada... en un alto finjo que dibujaba una roca donde ella se sentó... y en mi papel resulta un divino perfil de mujer... Prosi-gue la marcha, (*Levantándose.*) cuando de repente un ramillete de flores silvestres de la montaña se escapa de manos de la joven y va á caer al borde de un precipio; yo me lanzo á cogerle, mi pié se escurre y ruedo hasta el fondo... Los guias acuden á socorrerme... Cuando recobro mis sentidos, todos mis compañeros de viaje me rodean, y entre ellos está la joven, quien, en cambio de su ramillete me entrega mi album... ¡La hoja estaba doblada!.. Ella habia visto el dibujo y habia querido que lo supiese yo!.. todo esto fué para mí como una confesion... recorrí la Suiza en todos sentidos, pero sin poder encontrar á la hermosa joven cuya imagen vive siempre en mi corazon.
- FLOR. Señor conde, (*A la puerta de la derecha.*) la comida está lista.
- HOR. Vamos pues. (*A Wilfrido.*)
- WILF. Al instante; (*Mirando á la derecha.*) veo una persona que pienso me está buscando.
- HOR. Os espero. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA X.

WILFRIDO, DIETRIC.

- WILF. ¡Ah! sois vos, querido tio.
- DIET. Al fin he podido encontrarte. (*Las puertas del foro se cierran.*)
- WILF. He llegado hace poco, con un francés, de quien me he hecho amigo y que viene recomendado al señor burgo-maestre por su hijo, con quien está en intimidad.

- DIET. ¡Ah! ¿qué hombre (*Pensativo.*) es ese?
- WILF. Es un hombre amable, un marino de graduacion, y noble.
- DIET. ¿Casado?
- WILF. Veo á donde vais á parar, querido tio... El mismo temor me agita, pues ese marino me parece muy galante, y enamora á todas las mujeres!
- DIET. Mañana sin falta pediré al señor Burgomaestre la mano de su hija para tí... A mayor abundamiento quiero asegurarme ahora mismo la ayuda de la señora de Van Delberg.
- WILF. ¿Está aqui?
- DIET. Con su hija... Mientras voy á decirle dos palabras, entretén al francés, porque es de mucha importancia que no salga con la carta del hermano, cuyo contenido quizá podría entorpecer nuestros proyectos...
- WILF. ¡Ojalá os oiga, querido tio! (¡Está aqui y se marchará sin que yo la vea!) (*Váse por la derecha.*)
- DIET. Di á la señora de Van Delberg que solicito el honor de que me reciba. (*Váse Juan.*) Sé que la es doloroso verme; pero recordará lo pasado, y la obligaré á que consienta en ese matrimonio. (*Sale Clara.*)

ESCENA XI.

DIETRIC, CLARA.

- CLARA. ¿Deseais hablarme, caballero?
- DIET. Sí, señora, y con pesar os veo conmovida, trémula... no vengo á despertar tristes recuerdos... no vengo á repetiros que vuestra familia tiene mas imperio en vuestro corazon, que este infeliz á quien habeis (*Se designa.*) sacrificado cruelmente!
- CLARA. ¡Caballero!
- DIET. Son muy amargos estos recuerdos para vos... y que seria pues, si la prueba viva y palpitante de vuestra falta, se hallase todavia en este mundo?
- CLARA. ¿Teneis un placer en atormentarme?
- DIET. No es un placer (*Hipócritamente.*) para mí, á Dios gracias... creo haber dado pruebas desde hace veinte años de que no soy un malvado...
- CLARA. ¿Qué esperais de mí?

- DIET. Os he dicho ya, que mi sobrino Wilfrido era mi alegria y mi orgullo; pero no os he dicho que sus penas eran mis penas, sus tormentos mis tormentos, que daría mi vida por preservarle de la desgracia que á mí me ha perdido.
- CLARA. ¡Explicaos, por Dios!
- DIET. Mi sobrino ama á vuestra hija Felisa.
- CLARA. ¡Ama á Felisa! (*Levantándose.*)
- DIET. ¡Con una pasion tan loca que seria desgraciado para siempre, si su casamiento pudiera hallar un obstáculo; dirigiéndome á vos, creo que no lo habrá!
- CLARA. Voy á responderos: habeis venido á recordarme un pasado triste y doloroso, y por última vez os hablaré yo igualmente de ese pasado. Mi familia me puso en un convento donde tambien se educaba vuestra hermana, que muy luego supo dominar mi espíritu, apoderarse de mi corazon y dirigirle á su manera; ella exaltó mi imaginacion juvenil inventando novelas de que os hacia el héroe, ella me ha perdido!
- DIET. ¿Qué estais diciendo?
- CLARA. Dios sabe muy bien que si mi pobre Mária, si la hija de nuestra falta hubiera vivido, todas las instancias de mi familia nó me hubieran obligado á casarme con Van Delbèrg engañándole... pero en fin, se hizo ese matrimonio, y sin duda el cielo me ha perdonado, puesto que me dió otra hija... ¡Y venis á decirme que disponga de ella á vuestro antojo! ¡Antes que sacrificar la felicidad de Felisa, sufriré la deshonra... la muerte!
- DIET. ¿Y quién habla de sacrificar su felicidad? Wilfrido la quiere con extremo, y piensa ser correspondido... Mañana iré á pedir al señor Van Delberg la mano de Felisa, no os opongais á ese matrimonio, es todo lo que exijo de vos.
- FELISA. ¡Madre mia! (*Saliendo.*)
- CLARA. Ven, ven aqui.
- DIET. Hasta mañana. (*Las saluda, y se va por el fondo.*)

ESCENA XII.

CLARA, FELISA.

CLARA. ¿Es verdad que estás enamorada?

- FELISA. Madre mia, (*Bajando los ojos.*) quién ha podido deciros...
CLARA. ¡Su tío, que acaba de pedirme tu mano para él!
FELISA. ¡Su tío!.. ¿de quién habláis?..
CLARA. De Wilfrido Diectric.
FELISA. ¡No es ese á quién yo amo!
CLARA. Felisa, háblame (*Llevándola al banco de la derecha.*) francamente, ábreme tu corazon, es por (*Con ternura.*) tu bien, hija mia!
FELISA. Os acordáis cuando estuvimos en los Alpes, de aquel jóven oficial de marina que espuso su vida...
CLARA. Por recoger tu ramillete... Si, me acuerdo.
FELISA. Mientrás recobraba sus sentidos, abrí maquinalmente su album, que encontré á mis pies, y que tomé para devolvérsele, y sabéis lo que vi?... mi retrato... firmado Horacio de Albaret...
CLARA. ¡El amigo de tu hermano! ¡Pobré Felisa! quién sabe si ese jóven conserva siquiera el recuerdo de una criatura que apenas vió un instante!
FELISA. ¡Pero... y el retrato?
CLARA. Un capricho de artista en medio de un sitio pintoresco... desde entónces acá, tal vez se ha casado con otra!
FELISA. No.—Mi hermano, (*Con presteza levantándose.*) que siempre en sus cartas habla de él, lo hubiera escrito.
CLARA. Quizá ese jóven te ha olvidado..
FELISA. No,—me lo hubiera anunciado mi corazon.
CLARA. ¡Silencio! Aquí está tu padre...

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, VAN DELBERG.

- DELB. Federico no ha llegado hoy.
CLARA. } ¡Cómo!
FELISA. }
DELB. Acaso llegará mañana... nos habrá anunciado por escrito su tardanza... volvamos á casa, y sin duda hallaremos una carta suya.
CLARA. Si, tienes razon, amigo mio.
PET. (*Saliendo por el foro.*) El coche del señor burgomaestre está dispuesto.
DELB. Marchemos. (*Vánse por el fondo.*)

ESCENA XIV.

PETERS, *viéndolos marchar* : luego WILFRIDO y HORACIO.

- PET. Buen viaje , señor burgomaestre : buen viaje con toda la familia.
- WILF. ¿Se va el burgomaestre?... (*Saliendo por la puerta de la derecha.*)
- PET. Si, señor. (*Váse.*)
- WILF. (¿Y qué habrá alcanzado mi tío? Pronto lo sabré... Ahora que venga Horacio.) Amigo mio, me dispensareis, pero tengo que marcharme.
- HOR. ¡Ya! ¿Supongo que nos veremos nuevamente?...
- WILD. Si por cierto. Os estimo demasiado para no cultivar nuestras relaciones.
- HOR. Hasta la vista pues.
- WILF. Hasta la vista. (*Vánse por la puerta del foro.*)

ESCENA XV.

HORACIO, MARTA. *Marta se presenta en la galeria exterior , á la cual da su cuarto, y al distinguir á Horacio que acompaña á Wilfrido, se adelanta hasta el extremo de la galeria , hácia el proscenio.*

- MARTA. ¡Jóven... rico... noble!... Me parece que el demonio me dice al oído: ¡Marta! es extranjero. (*Baja.*)
- HOR. ¿Iré hoy mismo (*Volviendo á salir por el foro.*) á casa del señor Van Delberg, ó esperaré á mañana?... Ya es un poco tarde... pero si no voy, ¿qué podré hacer aqui solo?... ¡Ah! (*Viendo á Marta.*) iré mañana. (*Marta pasa junto á Horacio, se detiene como sorprendida al verle, luego le saluda ligeramente y se dirige hácia la puerta del foro.*) Señorita...
- MARTA. ¿Deseais hablarme? (*Bajando la vista.*)
- HOR. Si, señorita, tengo que suplicaros me disimuleis...
- MARTA. ¿Y por qué motivo? (*Adelantándose.*)
- HOR. Esta mañana en el barco os habrá extrañado mi conducta...
- MARTA. ¡Extrañarme! ¡Oh! no...
- HOR. ¿Entonces no habeis notado que os miraba mucho?

- MARTA. Si tal.
- HOR. Y esa obstinacion ¿no os irritó contra mí?...
- MARTA. No... se me figuró habiais comprendido que era yo una pobre inclusera, y no leia en vuestras miradas ningun sentimiento que debiera irritarme...
- HOR. Mis ojos declaraban fielmente lo que sentia mi corazon... mis ojos os decian: encuentro en vos un hechizo que me cautiva, que me atrae... quisiera ser vuestro amigo y...
- MARTA. ¡Mi amigo... vos!... ¡un noble! ¡Seria demasiado honor para que no me inspirase mucho orgullo!
- HOR. ¿De modo que no rechazais mi amistad?
- MARTA. No por cierto. *(Sonriendo y alargándole la mano.)*
- HOR. Y una intimidad mas dulce...
- MARTA. No os comprendo bien, *(Despues de una pausa.)* explicaos...
- HOR. Quisiera saber vuestro nombre.
- MARTA. Marta.
- HOR. El mio es Horacio de Albaret.
- MARTA. Señor de Albaret. *(Inclinándose.)*
- HOR. Llamadme Horacio solamente...
- MARTA. ¡Nunca me atreveré!...
- HOR. Haced la prueba.
- MARTA. ¡Horacio! *(Con una emocion contenida y mirándole con coqueteria.)*
- HOR. ¿Os enfadareis si os digo *(Tomándola una mano, que lleva á su boca.)* lo que tengo en la imaginacion?
- MARTA. Decidlo... y veremos. *(Pasa delante de él con coqueteria y se sienta á la mesa de la izquierda.)*
- HOR. Pues sabed que os amo. *(La sigue y se sienta tambien.)*
- MARTA. Me amais... ¿de veras? *(Con movimiento de alegria, que reprime al punto.)*
- HOR. Muy de veras. *(Ligeramente.)*
- MARTA. Cuidado... ¡mirad que conmigo esa es una palabra que compromete mucho!
- HOR. ¡Oh! yo calculo siempre la extensión de mis compromisos, y cuando digo á una jóven que la amo... me comprometo á amarla.
- MARTA. ¿Y nada mas?
- HOR. ¿Y qué mas?
- MARTA. Es que yo soy *(Levantándose.)* una mujer honrada, y debo preveniros que el hombre que me ofrezca su amor

me ha de ofrecer tambien su mano.

HOR. ¡Ah!... (*Levantándose con sorpresa.*) Muy bien: (*Después de una pausa y sonriendo.*) tengo que pasar dos meses en Holanda... dos meses seremos novios.

MARTA. ¿Y para cuándo la boda? (*Con seriedad.*)

HOR. Cuando reciba los papeles necesarios... en Francia (*Riendo.*) siempre andamos á vueltas con los papeles al tratarse de boda... los pedimos, mas pocas veces llegan.

MARTA. ¡Oh, los vuestros llegarían de seguro!

HOR. Podría ser que no... y así os aconsejo que me tomeis por novio... eterno, sin mirarme como futuro esposo. Sería muy culpable si os prometiera otra cosa, porque no cumpliría mi promesa.

MARTA. ¿Sois casado? (*Levantándose con presteza.*)

HOR. No por cierto. (*Adelantándose.*)

MARTA. Entonces me podeis amar, pero acordaos de estas palabras: (*Acentuando las sílabas.*) Sereis mi marido.

HOR. ¡Qué gracia me hace esta mozueta!... No hay duda, hija mía, que reunis todos los hechizos que encadenan á un hombre; pero del amor al matrimonio hay mucha distancia.

MARTA. No para mí.

HOR. Pero en fin, si yo no quiero...

MARTA. Tendriais que querer por fuerza.

HOR. ¡Dios mio!... (*Con espanto cómico.*) ¿y disponeis de armas muy terribles?

MARTA. Quizá. (*Sonriendo.*)

HOR. ¿Un protector poderoso?

MARTA. Tal vez. (*Con gravedad.*)

HOR. ¡Un padre terrible!...

MARTA. ¡Soy inclusera!

HOR. En efecto, lo olvidaba... ¿Y decis que tendré que tomaros por esposa, aun á pesar mio?

MARTA. Si, aun á pesar vuestro.

HOR. Pues es un misterio que excita mi curiosidad.

MARTA. Misterio que os descubriré cuando gustéis. (*Pasando á la derecha.*)

HOR. ¿Cuando yo guste?... Esta noche.

MARTA. Esta noche misma, (*Después de una pausa.*) señor conde. (*Le hace una reverencia y se aleja. Horacio la saluda. Ella desaparece por la escalera de la galería.*)

ESCENA XVI.

HORACIO solo, luego FLORIDOR.

- HOR. ¡El lance es chistoso!... ¡bah!... no tendrá ninguna consecuencia... Apuesto á que hallaré su puerta cerrada esta noche, y oiré como se rie por dentro... En fin, ¡Ah! (*Viéndola entrar en su cuarto.*) ¡en ese cuarto vive! (*Marta al entrar, le mira y se sourie.*)
- FLOR. ¡Ah! ¡estais aqui, (*Sale por la derecha.*) señor conde!
- HOR. Si, me voy á mi habitacion, tengo que escribir un rato, y luego me meteré en la cama. Buenas noches.
- FLOR. Temprano me parece para acostarse... pero en fin, buenas noches, señor conde. (*Horacio se vá á su cuarto á la derecha.*)

ESCENA XVII.

FLORIDOR, luego TERESA.

- FLOR. Pues lo que es yo, no me acuesto... esa chiquilla me ha trastornado la cabeza... no es de extrañar, yo tengo veinte y seis años y mi mujer cuarenta y cinco... ¡Pero ahí está! llamémosla... ¡Chis! ¡chis!
- TER. ¿Qué teneis que mandar? (*Viniendo del foro, y dirigiéndose hácia la bóveda.*)
- FLOR. Quiero... (*Lanzándose á ella para cogerla por la cintura.*) daros las buenas noches, (*Encontrando una mirada severa, y cambiando de tono.*) señorita?
- TER. Muchas gracias.
- FLOR. No os gustan los extranjeros, amable señorita.
- TER. Todo el mundo me gusta.
- FLOR. Muy bien, en ese caso como yo formo parte de todo el mundo, debo tener mis derechos.
- TER. No hay duda, señor Floridor.
- FLOR. Y si te dijera yo (*Con una explosion cómica.*) que me gustas tanto que te adoro... si pusiera á tus rodillas... no, mas abajo aun, á tus pies mi corazon y mi riqueza. ¿Qué dirias?
- TER. ¿Todo eso á mis pies?
- FLOR. Todo, todo, todo, todo.

- TER. La tentacion es poderosa, pero debo advertiros que yo soy una muchacha virtuosa, y no quiero armaros un lazo...
- FLOR. ¡Un lazo!..
- TER. ¡Mirad mi traje!
- FLOR. El traje es feo, pero tú eres muy bonita.
- TER. Es el vestido de las incluseras.
- FLOR. ¿Y qué?
- TER. Como sois extranjero, ignorais el peligro que correis enamorando á una hija adoptiva del Estado.
- FLOR. ¡Peligro tenemos!... (*Retrocediendo.*) ¿Tan jóvenes y ya tan peligrosa?
- TER. ¡Si quereis saber cual es el peligro, ese caballero que se acerca os lo podrá decir!.. (*Wilfrido sale á la escena, Teresa se retira bajo la bóveda.*)
- FLOR. Es nuestro amigo el abogado.

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, WILFRIDO, luego HORACIO.

- FLOR. Señor abogado...
- WILF. ¡Ah, sois vos! vengo á buscar un libro que olvidé aqui. (*Toma el libro de la mesa del cenador.*)
- FLOR. Señor abogado, (*Siguiéndole á la izquierda.*) hacedme el favor de decirme qué peligro corre en esta tierra un joven que conquiste las buenas gracias de una muchacha con vestido gris y encarnado.
- WILF. ¿Una inclusera?
- FLOR. Eso es.
- WILF. Supongo que no tratais de seducir á ninguna.
- FLOR. ¿Podría sucederme algo malo?
- WILF. Os leeré la ley... no ignorais que todo extranjero que comete un delito ó un crimen, queda sometido á la ley del país.
- FLOR. Lo ignoraba, pero ahora lo sé.
- HOR. Es muy seguro (*Saliendo de su cuarto.*) que hallaré la puerta cerrada... pero... ¿qué pierdo?.. (*Desaparece en la escalera, bajo la bóveda.*)
- WILF. He aqui el artículo de nuestro código. (*Lee con lentitud acentuando cada palabra.*) «Todo hombre convicto de haber tenido relaciones culpables con una inclusera,

»que se halle aun bajo la tutela del Estado por no haber
»cumplido los veintiu años, será condenado á casarse
con ella.»

FLOR. ¡Cáscaras!

WILF. (*Leyendo.*) «Si el hombre es casado ya, ó si no quiere
»casarse con la inclusera á quién ha seducido, será
»condenado al último suplicio.»

FLOR. ¡Cuerno! ¡y cómo las gastan en Holanda! (*Con terror.*)

HOR. ¡Ha dejado puesta la llave! (*A la puerta de Marta, sobre
la galeria.*)

FLOR. ¡Pena de la vida!

WILF. Ya lo sabeis, adios. (*Váse por el foro.*)

FLOR. Si no tiene veintiu años... ó tomarla por mujer... ó
entregar la pelleja... ¡diantre! ¡diantre!

HOR. Entremos pues. (*Desaparece en el cuarto.*)

FLOR. ¡Oh qué pais tan atroz!

TER. ¿Ya estais enterado? (*Acercándose.*)

FLOR. ¿Qué edad teneis, hija mia?

TER. ¡Diez y ocho años!

FLOR. Me tomaré (*Apartándola con terror.*) cuatro para pen-
sarlo con cachaza. (*Echa á correr.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.



Interior en un bosquecillo con alamedas en el parque del palacio de Van Delberg. Una mesa redonda, y sillas de jardín en medio del bosquecillo.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, FELISA. *Al alzarse el telon, Clara y Felisa estan sentadas.*

CLARA. Me parece que mas que á tu labor, miras á la alameda que conduce al palacio, hija mia.

FELISA. Pienso que por ella aparecerá pronto una persona.

CLARA. ¿Tu prometido? Salió esta mañana para la Haya con tu padre.

FELISA. Sí, pero por ese lado, (*Señalando á la izquierda.*) se vuelve de la Haya.

CLARA. ¡Locuela!

FELISA. ¡Ah! ¡madre mia, cuán dichosa soy!... ¡tanto, que todas las mañanas me pregunto si el dia anterior no ha sido un sueño!..

CLARA. Entra mi marido en nuestra habitacion con una carta en la mano diciendo: «Tenemos noticias de él, y aqui está el correo que le ha dejado hace una semana apenas...»

FELISA. De repente, la persona que mi padre nos presenta, lanza un grito... alzo yo los ojos... y me encuentro con el

jóven de los Alpes, con el amigo de mi hermano, el conde Horacio de Albaret!

CLARA. Estás bien segura (*Levantándose.*) de que tu hermano no le ha comunicado tus confidencias epistolares?

FELISA. ¡Nunca le escribí nada que pudiera hacerle suponer que yo conocia á su amigo!

CLARA. ¿Y el conde Horacio, qué sabe?..

FELISA. Sabe que me acuerdo de nuestra aventura; pero solo á vos, madre mia, confié lo que ha pasado en mi corazon hace dos años.

CLARA. ¿Y se lo dirás?

FELISA. Cuando sea mi marido.

CLARA. ¡Silencio! Aquí está. (*Horacio se presenta; despues de los saludos, Clara y Felisa se vuelven á sentar; Horacio se queda en pie detras de la mesa.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS, HORACIO.

CLARA. Señor conde, hablábamos de vos.

HOR. Y yo; señora mia, me he ocupado de vos esta mañana. (*La presenta un estuche.*)

CLARA. ¿Qué esto? (*Abre el estuche.*)

FELISA. ¡Ah! ¡mi retrato! (*Mirándole.*) el dibujo hecho en Suiza!

HOR. Ocho dias me ha hecho esperar el platero, y sin el buen Floridor, que se instaló en la tienda, quizás estaria esperando todavia.

FELISA. ¿El señor Floridor?

HOR. Si, mi compañero de viaje, ese ricachon de quien os he hablado.

CLARA. ¡Ah! ¡ya caigo!

HOR. Por cierto, que desea le presente aqui... es un hombre original... esta mañana me decia: señor conde, os profeso tal amistad, que he hecho voto, si se realiza vuestro matrimonio y firmo yo en el contrato, de dar ese dia cien mil libras á los pobres.

CLARA. ¡Cien mil libras!

FELISA. ¡Ay! ¡que firme pronto!.. (*Confusa.*) por el bien de los pobres.

CLARA. ¿Nos le presentareis, señor conde?

HOR. Contaba con vuestra amabilidad, señora mia, y la prue-

ba es, que he permitido al señor Floridor que me acompañe. ¡Ahí está! en el parque á cuatro pasos. ¡Eh! ¡señor Floridor! (*Llamando.*)

ESCENA III.

LOS MISMOS, FLORIDOR *con casaca llena de bordados de oro, muy rica, de mal gusto.*

FLOR. Aquí estoy, aquí estoy, señor conde... no me he movido detras de las matas donde me dejasteis... ¡Oh! señoras... no tenia el honor de haberos visto. (*Saluda humildemente.*)

HOR. ¡El señor Floridor! (*Presentándole. Clara y Felisa se inclinan.*)

FLOR. ¡Cómo! ¡A mí un saludo tan profundo!!! A mí, un labrador, simple aldeano de...

HOR. Callad... (*Bajo.*)

FLOR. Está bien, señor conde.

CLARA. Sabemos quien sois, señor Floridor... tenemos noticias de la generosidad que os distingue...

FLOR. ¡La generosidad que me distingue!.. ¡Oh no, señora! no...

HOR. ¡Silencio! (*Bajo.*)

FLOR. Está bien, señor conde.

FELISA. Firmareis en mi contrato matrimonial, señor Floridor, y el acto de beneficencia que meditais, será para mí de buen agüero.

FLOR. ¡Mi beneficencia!.. ¡ah! señorita, entendámonos...

HOR. ¡Basta! (*Bajo.*)

FLOR. No, no hay basta que valga; el señor conde se casa, y yo quiero celebrarlo á mi manera.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, TERESA.

CLARA. ¿Qué hay, hija mia? (*Viendo á Teresa á la derecha.*)

FLOR. ¡¡Cielos! ¡¡la inclusera!

TER. Los señores Dietric desean veros.

CLARA. ¡Dietric!

TER. ¡Ah! el fátuo (*Mirando á Floridor.*) ricachon!

FELISA. Parece que esta visita no es de vuestro gusto, madre.

- CLARA. mia, decid que estais indispueta...
- CLARA. Imposible, es la tercera vez que doy un pretesto...
- HOR. ¡Dietric! ¿es un jóven diputado de esta provincia?
- FELISA. Si. ¿Le conoceis?
- HOR. Hemos viajado juntos de Rotterdam á la Haya.
- FLO. Yo tambien le conozco... (¡Y vaya un favor (*Mirando á Teresa.*) que me ha hechol) Es un caballero muy cumplido.
- FELISA. (*Sonriendo.*) No digais nada bueno del tio ni del sobrino, pues los detestamos.
- FLO. ¡Ah! Entonces callemos.
- HOR. Debeis recibirlos, señora; y entre tanto, Felisa, Floridor y yo daremos una vuelta por el parque.
- CLARA. Muy bien. Teresa, que entren esos señores.
- TER. Voy allá, señora. (*Váse mirando á Floridor.*)
- FLO. (¡Me ha mirado!... (*Nueva mirada de Teresa.*) ¡otra vez me mira... tiemblo!) ¿Con que está de doncella aqui la jóven de la posada?
- CLARA. Desde hace tres ó cuatro dias... es la doncella de Felisa... y ha venido á reemplazar á otra inclusa que hemos tenido aqui siete años y que acaba de casarse.
- HOR. ¿Os gustan mucho las inclusas?
- CLARA. Me inspiran generalmente interés, porque sobre ser huérfanas, suelen ser muy virtuosas.
- HOR. ¡Virtuosas! (*Sonriendo.*)
- FLO. (¡Toma! se cae de su peso; ó pescan un marido ó... (*Extiende su mano al cuello para hacer la señal del ahorcado.*) ¡Cuik!...)
- HOR. (*Pasando á la derecha.*) ¿Venis, Floridor?
- FLO. Estoy á las órdenes del señor conde. Señoras... (*Saluda profundamente al pasar delante de Clara, y sale cómicamente.*)
- HOR. (*En el fondo, señalando á la derecha.*) Pasad delante. (*Le deja el paso.*)
- FLO. ¡Yo delante!.. ¡qué honor! (*Vánse Felisa, Horacio y Floridor.*)
- CLARA. ¡Ahí estan! ¡valor! (*Mirando á la izquierda.*) Tratemus de que esta entrevista sea la última.

ESCENA V.

CLARA, DIETRIC, WILFRIDO.

- DIET. Hace dias ya (*Muy humilde.*) que una indisposicion os ha impedido recibirnos; nos permitireis que os felicitemos por el restablecimiento de vuestra preciosa salud. (*Clara se inclina con gravedad.*)
- WILF. Mi tio me ha dicho, (*Sentado.*) señora, que ya os habia dado parte del amor que me ha inspirado la señorita Felisa Van Delberg y de mis esperanzas, y vengo á pedir os temblando el permiso de continuar mis visitas.
- CLARA. A mí, caballero... no me toca... no puedo...
- DIET. Podeis y debeis (*Levantándose.*) aprobar este paso. El que se dirige desde luego á la madre de la mujer que ama, sigue el camino mas honroso y prudente. (*Con intencion*)
- CLARA. (*Con amargura y levantándose.*) ¡Oh! si; ese camino es el mas prudente: ¡ay del que no lo sigue! toda una vida de virtud, de dolores y de lágrimas puede apenas servir de expiacion á lo pasado; y si no (*A Wilfrido.*) accedo á lo que me pedís, es porque temo que vuestras visitas no obtengan el resultado que deseais.
- WILF. ¿Felisa ha declarado que me odia?
- CLARA. Mi hija no odia á nadie; hasta ignora vuestras pretensiones.
- WILF. Entonces ¿por qué suponeis que no me amaré?
- CLARA. Porque... ama... (*Titubeando.*) á... otro.
- WILF. ¡A otro!
- DIET. ¿Estais segura (*Con voz grave.*) de lo que decís?
- CLARA. Vuestro sobrino conoce al sujeto con quien se debe casar dentro de pocos dias.
- WILF. ¿Yo?
- CLARA. Juntos hicisteis el viaje de Rotterdam á la Haya.
- WILF. ¿Es el conde Horacio de Albaret?
- CLARA. Amigo de mi hijo.
- WILF. Ha resultado lo que os dije. (*Bajo.*)
- DIET. (*Bajo.*) ¡Calma!... (*A Clara, en tono meloso.*) El señor conde Horacio es un buen partido: ilustre casa, brillante uniforme, en candelero en la córte de Francia... pero ¿estais bien segura de que ese matrimonio no en-

cierra el gérmen de una vida de angustias y de lágrimas para Felisa?

CLARA. ¿Qué quereis decir? Hablad.

DIET. ¿Le dariais vuestra hija si supierais que está locamente enamorado de otra mujer?

CLARA. Suposiciones vuestras.

DIET. Que se me ocurren ahora mismo, pues debo buscar en mi mente por qué el señor conde Horacio se casa con una jóven á quien no ama, á quien no amaré nunca, ocupado como lo está su corazon con un amor novelesco, inspirado por una mujer que vió en los Alpes hace dos años.

CLARA. ¿Y es ese el amor que declarais imperecedero?

DIET. Si, señora, imperecedero... Tan prendado está de esa mujer, que hizo su retrato y sin cesar le lleva sobre su corazon.

CLARA. (*Abriendo la caja, que va á tomar sobre la mesa.*) Os engañais... hé aqui el retrato.

WILF. ¿Qué veol (*Ambos lo miran al mismo tiempo.*)

DIET. ¡Es ella!

CLARA. Está muy parecida, (*Con ironia.*) ¿no es verdad, señores?

WILF. ¿Conque esa persona desconocida era?...

CLARA. Era mi hija... La Providencia ha querido que el conde encontrara aqui á la mujer que amaba hace dos años.

DIET. (*La desgracia nos persigue...*)

CLARA. Os agradezco mucho vuestra revelacion. (*Con mas ironia.*) Os debo la mejor prueba del cariño profundo y duradero del conde á mi Felisa... Mil y mil gracias, caballeros... (*Saluda y al llegar al foro, dice.*) ¡Oh, qué malvado es Dietric! Apresuraré el momento de la boda. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA VI.

DIETRIC, WILFRIDO.

DIET. ¡Clara Van Hoel, (*Con furor.*) me vengaré! Todavía (*A Wilfrido.*) no está consumado ese matrimonio.

WILF. ¿Cómo lo impedireis?

DIET. Con mi destreza, (*Muy agitado.*) y luego... con un se-

- creto cuya llave está en estas palabras: Maria y Clementina.
- WILF. ¡Dos nombres de mujer!
- DIET. (*Sacando dos cartas del bolsillo.*) Lee esta carta.
- WILF. «Delf, veinte de marzo (*Leyendo.*) de mil seiscientos noventa y siete.—Señora, tengo el dolor de noticiaros » que nuestra niña Maria acaba de sucumbir á la fiebre » que la devoraba hace tres dias.—Firmado.—Clementina Brunner.»—¿Qué quiere decir esto?
- DIET. Lee ahora el sobre.
- WILF. «A la señorita Clara Van Hoel.» Van Hoelt.. no es el apellido de familia de la señora de Van Delberg?
- DIET. Como Clara es su nombre.
- WILF. De modo que antes de su matrimonio...
- DIET. Antes de su matrimonio, que le fué impuesto por la inflexible voluntad de su familia, ya era madre...
- WILF. ¿Y cómo estan en vuestro poder las pruebas de su falta?
- DIET. Cuando se casó con Van Delberg, queriendo borrar las huellas de esa falta y hasta la memoria de la hija difunta, me entregó para que la quemase esa carta de Clementina Brunner, carta igual á esta que yo recibí tambien. (*Enseña la otra carta.*)
- WILF. ¡Cómo! ¿Sois vos el?...
- DIET. ¡Silencio!
- WILF. Me quedo con esta carta. (*La guarda.*) Lucharé contra el conde Horacio y le disputaré la mano de Felisa; pero no permitiré la deshonor de su madre...
- DIET. ¿He dicho yo (*Guardando la otra carta.*) que queria su deshonor?... Quiero que me obedezca.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, FLORIDOR, *que viene cantando.*

- WILF. ¡Floridor en está casa!
- FLOR. Si, he venido (*Dándose tono.*) con mi amigo el conde Horacio.
- WILF. ¡Ah! él está...
- FLOR. Ahora mismo le dejo rebotando de júbilo.
- WILF. Ya lo sé; se casa con la señorita Felisa.
- FLOR. Tan contento está de casarse como yo lo estaría de envidiar.

- DIET. ¿Parece ser que las bodas se celebrarán dentro de pocos días?
- FLOR. Qué atrasado de noticias estais; todo se ha cambiado...
- WIL. Explicaos por Dios. (*Alegre.*)
- FLOR. Hace un instante nos paseábamos por el parque, el conde, su prometida y yo, cuando llegó la señora de Van Delbérg diciendo: «¡Conde!» Yo no sabré repetirlo con palabras tan finas, pero la sustancia es esta: «Conde, »acabo de hablar de vos, y si no estuviera decidida á »daros mi hija, me han dicho cosas que... cosas que... »en fin, cosas que me deciden, sin mas rodeos.»
- DIET. ¡Ah!
- FLOR. Y luego añadió: «no firmaremos los contratos dentro de »ocho días, sino hoy mismo.»
- WIL. (*A su tío.*) Ya veis lo que ha producido la revelacion...
- FLOR. ¡Cómo! á vos debemos... (*A Wilfrido.*)
- WIL. Si, á mí se debe... (*Violentándose.*)
- FLOR. ¡Oh! ¡qué accion tan noble!.. Sois un buen amigo, (*Tendiéndole la mano.*) señor abogado, y me alegro haberos enterado de lo que pasa... pues os complace, ¿no es verdad?
- WIL. Seguramente. (*Con ira reprimida y pasando á la derecha.*)
- FLOR. ¿Y á vos tambien, caballero?
- DIET. ¿A mí?.. ven, Wilfrido. (*Furioso.*)
- FLOR. (*A este no creo que le complace tanto.*)
- WIL. Salgamos de aqui. (*Bajo.*)
- DIET. No, no, aun no está (*Bajo.*) concluido todo entre nosotros. (*Floridor se acerca á ellos, pero ellos le vuelven la espalda y se alejan por la derecha.*)

ESCENA VIII.

FLORIDOR, luego TERESA.

- FLOR. Seguramente, el tío no me parece que está tan satisfecho como el sobrino.
- TER. Buenos dias, (*Saliendo por la izquierda.*) señor Floridor.
- FLOR. (*¡Oh! la inclusera maldita.*)
- TER. Soy yo, Teresa.
- FLOR. No te conozco. (*Pasa á la izquierda.*)

- TER. (Tiene miedo á la ley!.. espera un poco.) Conque no
conocéis á la persona á quien habeis dicho tantas ga-
lanterias... á quien jurabais... (*Le toma la mano.*)
- FLOR. No me toqueis, (*Retirándola bruscamente.*) no me to-
queis. (*Pasa á la derecha.*)
- TER. No esperaba yo esto de vos, señor Floridor.
- FLOR. ¡Qué diantre!.. no sabia que era preciso ó el lazo con-
yugal ó el lazo de la cuerda. (*Designando el pescuezo.*)
- TER. Yo no he tratado de engañaros, puesto que por mí sa-
beis la ley...
- FLOR. Es verdad. Sois una (*Enternecido.*) muchacha honrada.
- TER. Y la recompensa (*Acercándose.*) es huir de mí, cuando
habeis despertado en mi corazon ideas!..
- FLOR. ¿Qué ideas? (*Conmovido.*)
- TER. Ideas de ternura... (*Le toma la mano.*)
- FLOR. Os repito que no (*Pasa á la izquierda.*) me toqueis.
- TER. ¿Y si os amara yo, señor Floridor?
- FLOR. Muchacha, dejémonos de tonterias.
- TER. Si, os amo.
- FLOR. ¡Mala bomba la (*Pasando á la derecha.*) aplane! ¡Si la
oyeran!..
- TER. ¿Y qué le hace? Puesto que no me amais, nada debeis
temer.
- FLOR. Es cierto, mientras (*Acercándose.*) yo no la ame nadie
tiene el derecho de... (*Hace el ademan de ahorcarse.*) Eso
me sosiega, hija mía...
- TER. Pero si no me amais, concededme al menos vuestra es-
timacion.
- FLOR. Si por el amor ahorcan en esta tierra, por la estimacion
echarán á presidio cuando menos?
- TER. Nada de eso. Y aun cuando me concedierais un poco de
afecto fraternal?..
- FLOR. ¡Fraternal! no digo que no... hasta la fraternidad no lle-
ga mi miedo...
- TER. ¡Sereis mi hermano!.. ¡mi buen hermano! (*Le toma la
mano.*)
- FLOR. (*Retirando su mano conmovido.*) Las manos quietas, mu-
chacha... Tengo cosquillas.
- TER. ¡Sois tan guapo mozo, señor Floridor!
- FLOR. Ya lo sé, ya lo sé, pero...
- TER. (*Apoyándose en él.*) ¡Sois tan amable, señor Floridor!
- FLOR. ¡Qué vocecita tiene! ¡y qué ojos!.. ¡Ay! ¡Dios mio!

- TER. ¡Floridor mio!
FLOR. Picaruela, no me digas (*Enlazándola con los brazos.*) eso... que me haces salir de mis casillas... creo que te amo, que te adoro, que te idola... (*Cae á sus pies.*)
TER. ¡La ley! ¡la ley!
FLOR. ¡La ley!.. maldita sea (*Asustado.*) la ley!.. me olvidaba.
TER. ¡Já! ¡já! ¡já! Quise arrancaros esa declaracion... Ahora tranquilizaos, señor Floridor, que si me caso no será por justicia... ¡já! ¡já! ¡já! (*Va á marcharse por la derecha y se detiene viendo llegar Horacio y Felisa.*) ¡Ah!
FLOR. ¡Se ha (*Que se quedó de rodillas.*) burlado de mí!.. (*Levantándose.*) Pero á fé mia que lo prefiero.

ESCENA IX.

FLORIDOR, HORACIO, FELISA, TERESA.

- HOR. ¡Floridor! (*Dando el brazo á Felisa.*)
FLOR. Señor conde...
HOR. Voy á la Haya.
FLOR. Está bien, señor conde.
HOR. Y con vos, en vuestro carruaje y ahora mismo; nos traeremos el notario.
FLOR. Voy á enganchar... es decir, á que enganchen, señor conde... (*Se vuelve y ve á Teresa á su lado: con énfasis y apartándose.*) Dejadme en paz, enredadora. (*Echándose mano al pescuezo; váse por la izquierda del foro.*)
TER. Señor conde, esta carta han traído para vos...
HOR. ¡Para mí! (*La toma y mira la letra.*) ¡De ella también!
FELISA. (¿Qué tiene?) Déjanos, Teresa. (*Váse Teresa.*)

ESCENA X.

HORACIO, FELISA.

- HOR. ¿Conque me ha (*Para sí, y arrugando la carta.*) de perseguir siempre?
FELISA. ¿No leéis esa carta? (*Con intencion.*)
HOR. No .. sé... adivino (*Turbado.*) su contenido.
FELISA. Aun no tengo derecho para conocer vuestros secretos.
HOR. No los tengo para vos, Felisa... nada hay en esta carta que pueda interesaros.

- FELISA. Siendo así, ¿cómo os habeis puesto pálido al ver la letra?
- HOR. ¡Yo!...
- FELISA. ¿Y por qué habeis arrugado el papel sin haberlo leído? ¿Por qué tiembla vuestra mano aun?
- HOR. ¡Felisa!... os juro...
- FELISA. ¡Oh! no jureis... (*Conmovida.*) ¡soy una mujer que ignora todavía las cosas de la vida... pero comprendo muy bien por el dolor que siento en este instante, que me amenaza una desgracia, que no tenéis confianza en mí, (*Llorando.*) que no me amáis!'
- HOR. ¡Qué no os amo!... Que no os amo, cuando moriría por secar una de vuestras lágrimas...
- FELISA. Podeis secarlas al instante, podeis con una palabra devolver el sosiego á mi corazón. (*Señala la carta.*)
- HOR. Imposible. (*Con dolor.*)
- FELISA. ¡Imposible!... ¡Bien decia yo que no me amáis!...
- HOR. ¡Felisa!...
- FELISA. ¿Os atreveriais á decir que no es de otra mujer esa carta?
- HOR. Si, deciais la verdad, Felisa. Hay aqui una desgracia... mas que una desgracia, una falta.
- FELISA. ¡Una falta!
- HOR. Oidme. Pero ante todo, os juro, Felisa, por mi honor, que á nadie sino á vos quiero en este mundo, que os amo mas que á mi vida. Otra ha podido parecerme hermosa...
- FELISA. ¿Y la habeis amado? (*Con dolor.*)
- HOR. No, no he amado yo á esa mujer desconocida que se interpone en mi camino. Al tenderme sus lazos no pudo ambicionar mi amor sino mi fortuna, y yo para pagar el extravío de un instante, al escribirla un eterno adios, la envié una parte de lo que poseo... esa es la historia de mi falta... ahora que todo lo sabeis, podeis condenarme ó absolverme... tomad esta carta... (*Se la entrega.*) y decidid la suerte que me espera. (*Felisa toma la carta, y la rompe pasando por delante de él.*) ¿Me perdonais, pues, Felisa?
- FELISA. Horacio, si acepto vuestra mano, no es solo porque mi familia se enorgullece con vuestro nombre... ese nombre, que conozco desde que le vi al pie de mi retrato en las montañas de los Alpes, es porque he sabido por las

cartas de mi hermano, cuán grande es la rectitud de vuestro carácter, la elevacion de vuestra alma... es porque os amo desde hace dos años...

HOR. (*Cae á sus pies.*) ¡Hace dos años que me amais!

FELISA. Ya veis que debo perdonaros, pues sin eso el castigo recaeria sobre mí...

HOR. ¡Felisa! ¡Felisa!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, TERESA.

TER. El señor Floridor (*Saliendo por la izquierda.*) previene al señor conde, que todo está pronto para el viaje.

HOR. (*A Felisa llevándose.*) ¡Felisa! me habeis devuelto la felicidad, la vida.

TER. (*Viendo como se alejan.*) ¡Parece que se adoran!... vaya, está visto; es muy bonito el matrimonio, sobre todo la víspera. (*Marta sale por la derecha.*)

ESCENA XII.

MARTA, TERESA.

TER. ¡Ah! eres tú, (*Volviéndose.*) ¡Marta!...

MARTA. Si, he preguntado á un criado que estaba á la puerta del parque, si podia verte, me dijo que si, y aqui me tienes. (*Se deja caer cansada en un asiento cerca de la mesa.*)

TER. ¡Dios mio! estás muy cansada. Ven á mi cuarto..

MARTA. No. Quedémonos aqui... ¡Qué bonita es la casa de la orilla del rio!... ¡Habita en ella el conde Horacio?

TER. Si, ¿sabes su nombre?

MARTA. ¿No le has reconocido tú?... Estuvo en la posada hace tres semanas.

TER. ¡Es verdad, es el compañero de Floridor!... pero ahora que me acuerdo... me digiste que te habia mirado mucho en el barco...

MARTA. (*Sonriéndose tristemente y levantándose.*) ¡Me engañé... no fijó la atencion en mí. (*Adelantándose.*) Teresa, no me parece que debes estar aqui á tu gusto.

TER. No mucho, pero es porque todavia no me hallo muy al

corriente del servicio.

MARTA. ¿Preferirías mi empleo á bordo del Rotterdam?

TER. ¡Cómo!... ¡me ofreces tu empleo!

MARTA. Si, con tal de que hables á la señora de Van Delberg para que me dé á mí tu colocacion.

TER. ¡A tí!

MARTA. Estoy cansada ya de viajes; desearia una vida mas quieta.

TER. ¡Cómo caen las cosas!... ¡Y á mí, que me gusta tanto viajar por agua!

MARTA. ¿De modo que aceptas el cambio?

TER. Con mil amores; pero veo que la señora se pasea por ahí y voy á ver si consigo lo que deseas. Espérame. (¡Yo encargada (*Marchándose.*) de las cuentas á bordo!.. ¡Quién sabe si me casaré con el capitán del barco!..) (*Váse por la izquierda al foro.*)

ESCENA XIII.

MARTA, luego CLARA con FELISA.

MARTA. ¡Criada!... ¡me haré criada por verle!... Quizá se avergonzará de haberme abandonado. Quiero que vuelva á mí á fuerza de abnegacion, de dulzura y de lágrimas, pues ya no solo ambiciono su nombre, sino su amor, su amor ante todo.

CLARA. Me acaban de decir (*Saliendo con Felisa.*) que deseais entrar á mi servicio.

MARTA. Si, señora, lo deseo mucho. (¿Quién es esa jóven?)

CLARA. ¿Cómo os llamais?

MARTA. Marta... (¡Qué hermosa es!) (*Mirando á Felisa.*)

CLARA. ¿De qué casa salis?

MARTA. Hace cinco años que estoy encargada del libro de cuentas en el barco de Rotterdam. (*Sin dejar de mirar á Felisa mientras dura esta escena.*) (Sin duda es una amiga de fuera de la casa.

CLARA. ¿Y dejais un empleo lucrativo por?...

MARTA. Soy inclusera y me han hablado tanto de vuestra bondad, que al menos tendré una persona á quien amar estando á vuestro lado.

CLARA. Me interesais, hija mia... y consiento en recibirlos; reemplazareis á Teresa, que es la doncella de mi hija...

(Señala á Felisa.)

MARTA. ¡Ah! (*Herida en el corazon.*) ¿esta señorita es hija vuestra?

CLARA. ¿Os sorprende? ¿Y por qué?

MARTA. Al veros tan jóven no se creeria... y luego me habian dicho que la señorita de Van Delberg era casi una niña.

FELISA. De diez y siete años. (*Riendo.*)

MARTA. ¡Diez y siete años!...

CLARA. Os deajo solas, y si la sois tan simpática como á mí, estais admitida en la casa. (*Váse. Felisa la acompaña un poco.*)

MARTA. ¡Diez y siete años! (*Pensativa.*) rica y hermosa...

ESCENA XIV.

MARTA, FELISA.

FELISA. Habiendo agradado á mi madre, (*Sentándose.*) teneis mucho camino adelantado.

MARTA. Ahora me falta merecer vuestras simpatias, señorita.

FELISA. Y las de otra persona de quien yo dependo un poco.

MARTA. ¿Alguno de la familia?... (*Inquieta.*)

FELISA. No, mi marido.

MARTA. (*Lanzando un grito y sentándose á la mesa.*) ¡Su marido! ¡Estais casada!.. ¡Ah! respiro.

FELISA. ¿Pero qué significa?...

MARTA. ¡Oh, no es nada, no es nada!... Me tranquiliza saber que teneis marido... ¡Si hace tres semanas que él vive aqui, no puede ser por agradaos, pues estais casada!

FELISA. ¡Tres semanas!... (*Levantándose.*) ¿Hablais del señor conde Horacio? ¿cómo le conoceis?

MARTA. ¡Yo!... (*Un poco cortada.*) le conozco por un tercero... (*Levantándose.*) por una mujer que vivia como yo en la fonda donde se alojó cuando llegó á la Haya.

FELISA. ¡Basta!... comprendo... el conde me ha hablado de esa mujer...

MARTA. ¡Ah! (*Conmovida*) ¿el conde os ha hablado de ella?

FELISA. Si, para decirme que son infundados mis celos, para acusarse de un extravio que ninguna huella ha dejado en su corazon, y para jurarme de rodillas que jamás ese corazon cesó de pertenecerme.

MARTA. ¿Os ama pues?

- FELISA. Desde hace dos años... y si le llamo mi marido, es porque el contrato matrimonial debe firmarse hoy.
- MARTA. ¡Hoy! (*Con fuerza.*)
- FELISA. Pero temblais, Marta...
- MARTA. ¡Él vuestro marido! (*Aniquilada.*)
- FELISA. Veo que esa mujer os ha pintado al conde con colores odiosos... ¡Oh! no tembleis por mi felicidad... todo lo que os ha dicho es pura calumnia: hace dos años que el conde me es fiel... y si ha podido hacer una promesa á esa aventurera... (*Movimiento de Marta.*) cumplida está, pues al escribirla que ya no debía verla, él envió...
- MARTA. ¡Dinero!.. ¡si es (*Con delirio.*) verdad, le envío dinero!
- FELISA. Ya veis que no me ha engañado... ya veis que la despreciaba y que he podido perdonarle su flaqueza.
- MARTA. (No le perdonaré yo.)

ESCENA XV.

LOS MISMOS. CLARA, VAN DELBERG, WILFRIDO, DIETRIC, *los notarios, los convidados, luego FLORIDOR y HORACIO. Van Delberg sale con Clara, Felisa da un beso á su padre.*

- DELB. Querida mia, aqui estan los notarios. (*Señalándolos.*)
- FELISA, ¡Oh! ¡padre mio! (*Responde á los saludos de los notarios y de los convidados. Van Delberg les hace sentar á la mesa.*)
- WILF. Qué felicidad, qué orgullo se lee en su semblante!
- DIET. ¡Trata de ocultar lo que padeces! (*Felisa ha bajado á la izquierda con su madre. Marta sube la escena y se coloca á la izquierda al paso de Horacio.*)
- FLOR. ¡Aqui está (*Sale corriendo.*) el futuro! (*Horacio entra sin ver á Marta, saluda á todos, y va á besar la mano de Felisa.*)
- DELB. Os esperamos, querido conde; dad la mano á la novia y firmemos. (*Horacio habla con Felisa, y Clara á la derecha.*)
- FLOR. He prometido cien mil libras á los pobres el dia que firme en el contrato; en vuestras manos deposito la ofrenda, señores notarios. (*Pasa á la derecha un poco al foro.*)
- MARTA. ¿Qué habla ese (*Al fondo á la izquierda.*) hombre de ofrenda?
- DELB. Firmad, señor conde. (*Horacio sube hácia la mesa, y ve á Marta.*)

- MARTA. Esperad... (*Cerca de la mesa.*)
- HOR. ¡Ella aquí! (*Retrocediendo asustado.*)
- FELISA. ¿Qué quereis?
- MARTA. Me habeis tomado á vuestro servicio, señorita, y en muestra de gratitud, quiero hacer yo tambien una ofrenda á los pobres (*Dejando una bolsa grande sobre la mesa.*) Hé aqui cien luises para la Inclusa.
- HOR. ¿Os atreveis?..
- MARTA. ¿Y por qué no me atreveria, señor conde, á dar á la inclusa el oro con que habeis querido pagar la honra de una inclusera? (*Se designa. Grito general de sorpresa.*)
- TODOS. ¡Una inclusera!
- FLOR. ¡Infeliz!.. ya está fresco.
- DIET. ¡Está perdido! (*Á Wilfrido con alegría.*)
- FELISA. Conque sois vos?..
- MARTA. Sí, yo soy la aventurera, como él os ha dicho, la criatura sin pudor, la miserable á quien ha seducido y pagado...
- FELISA. ¡Oh! ¡madre mia! (*Apoyándose en brazos de su madre.*)
¡madre mia!
- DELB. ¡Y nada respondeis, señor conde!
- CLARA. ¡No os justificais!
- HOR. He dicho á Felisa (*Cortado.*) todo cuanto tenia que decir, ella será mi juez.
- FELISA. ¡Ah! no me habeis dicho que se trataba de una hija adoptiva del Estado!
- HOR. Pero este título que invoca esta mujer fatal, hace de ella una criatura menos vil, menos abandonada del cielo?
- MARTA. Menos abandonada, si, señor conde, pues la ley os obliga á casaros conmigo.
- DELB. El casamiento ó la muerte, señor conde.
- HOR. ¡Es un lazo infame! ¡una astucia del infierno!.. (*Pasando junto á Marta.*) ¡Teneis por madre la ley, y por tutor el verdugo!..
- DELB. ¡Retirémonos (*Con lágrimas en los ojos.*) señores! ven, hija mia.
- FELISA. ¡Padre mio!
- DELB. Ni una palabra (*Severamente.*) mas... tan vergonzosa cuestion no debe terminarse en nuestra presencia.
- FELISA. ¡Madre mia! ¡madre mia!
- CLARA. ¡Felisa!

ESCENA XVI.

HORACIO, FLORIDOR, MARTA.

- HOR. (*Mirando á Felisa, que se aleja.*) ¡Ni una mirada de despedida!
- FLOR. ¡Pobre Felisa!
- MARTA. ¡Señor conde!.. (*Acercándose al conde.*)
- HOR. ¿Os atreveis (*Con arrogancia.*) á dirigirme la palabra?..
- MARTA. Si, soy vuestra (*Con firmeza.*) esposa.
- HOR. ¡Tú, mi esposa!.. ¡tú, que ocultando la ley que te protege acechas á un extranjero para enlazarle en las redes de tu infame coqueteria y decirle despues: «tu mano ó tu vida!.. tu nombre, ó la muerte!..» ¡La muerte, si, la muerte primero... que me juzguen, que me condenen! ¡que me maten!.. ¡mas deshonrarias tú mi nombre que el verdugo!.. (*Marta llena de vergüenza, cae sobre una silla, ocultando su rostro entre sus manos; Horacio se va por la derecha, Floridor le sigue; Wilfrido y Dietric se acercan á Marta.*)

ESCENA XVII.

MARTA, WILFRIDO, DIETRIC.

- DIET. (*Tocándola en el hombro.*) ¿Teneis una prueba?
- MARTA. (*Como extraviada.*) ¿Qué quereis?
- DIET. ¿Os pregunto si teneis una prueba contra el conde Horacio?
- MARTA. ¡Una prueba!..
- WILF. ¿No comprendeis?
- MARTA. No.
- WILF. ¿No quereis que os hagan justicia?
- MARTA. No.
- DIET. ¿Quereis que se case con Felisa Van Delberg?
- MARTA. (*Con fuerza levantándose.*) ¡Casarse con ella!.. ¡nunca... nunca!..
- DIET. ¿Pero en fin, teneis una prueba?
- MARTA. Si, tengo su carta.
- DIET. Dádmela pronto.

MARTA. ¿Quién sois?

DIET. Un magistrado.

WILF. Y yo soy el rival del conde Horacio.

MARTA. ¡Su rival! (*Mirándole.*) ¡Venid, venid conmigo! (*Se dirigen hácia la derecha del foro. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una antesala. Puerta á la derecha en primer término dando al parque y puerta á la izquierda que conduce al interior de la casa. El fondo enteramente abierto sobre un pequeño invernáculo cuyos muros baña un canal. Las ventanas estan quitadas y dejan ver la otra orilla del canal y el campo. En ese invernáculo una puerta á la izquierda que da al parque. La antesala está separada de esta segunda pieza por un enrejado bajo con puertecilla movable en el segundo término. Dos asientos en la antesala.

ESCENA PRIMERA.

FLORIDOR *solo á la puerta de la izquierda, primer término.*

¡Pobre señor conde! ¡Ahí está llorando y gimiendo que parte el alma!.. Al salir de su cuarto vi este par de pistolas de viaje, y temiendo que el dolor le inspire una mala idea, las he recogido y las guardaré hasta que le vea mas sereno. (*Las mete en su bolsillo.*) Lo que es yo, si estuviera en su lugar, sin andarme en rodeos me casaba con la inclusera; pero despues de la boda, ¡qué palos habia de llevar!—Y aun creo que la habia de poner al fresco... en una cueva.

ESCENA II.

FLORIDOR, MARTA *saliendo por la puerta de la izquierda en el invernáculo.*

MARTA. ¿Está aquí el señor conde?

FLOR. (*Volviéndose.*) (Es ella, no le verás.) No está aquí.

MARTA. ¡Mentís! (*Bajando á la escena.*)

FLOR. ¡Qué ínfulas tiene! (*Mirando hácia donde está el conde.*)
¡Calma!.. ¡Calma!.. Floridor. (*Con dulzura.*) ¿Y por qué me decis que miento?

MARTA. Porque Dietric y su sobrino, que estan en el parque, han visto al conde que venia con vos hácia aquí.

FLOR. El conde está en la habitacion del burgomaestre.

MARTA. (¡Con ella!) (*Conmovida*) Muy bien, esperaré. (*Se sienta á la derecha.*)

FLOR. Si, pero es que yo tengo que ir con él y debo cerrar la puerta.

MARTA. Cerradla.

FLOR. ¿Entonces, cómo saldreis? Por ese lado (*Señalando al foro.*) el canal baña las paredes, y á menos que sepais nadar.

MARTA. Creedme, (*Pasando á la izquierda.*) id á ver al conde y decidle que tengo en mi poder la carta que me ha escrito al enviarme el dinero... carta que es un arma poderosa, infalible contra él; en cuanto lo sepa vendrá.

FLOR. (Qué idea... Apoderémonos de la carta por cualquier medio.) (*Echa el cerrojo á la puerta del invernáculo, á la izquierda.*) Ah,.. estais encerrada ahora y teneis que darme ese papel, si no de grado, por fuerza.

MARTA. ¿Qué decis?

FLOR. ¡Puedo emplear la fuerza y la emplearé!.. Pero antes os haré una proposicion... Ya sabeis que tengo mucho dinero... Pedid lo que querais.

MARTA. Nada quiero.

FLOR. Vamos, os daré trescientas mil libras... ¿es poco? Qui- nientas mil libras... ¿es poco todavia?.. Pues un mi- llon. ¿Me dais la carta por un millon?

MARTA. Perdeis el juicio; no la daré por nada.

FLOR. Entonces la tendré de balde...

MARTA. ¡Gritaré! (*Pasando á la derecha.*) Vendrán á socorrerme.

FLOR. Llegarán tarde. (*La coge las manos.*)

ESCENA III.

LOS MISMOS, HORACIO.

HOR. ¿Qué es eso? (*Saliendo.*)

FLOR. (Diantre, llega antes de tiempo.)

MARTA. Perdonadle... empleaba la violencia contra mí...

HOR. ¡Marta, aquí! Dejadnos.

FLOR. (*Saliendo por el invernáculo á la izquierda.*) ¡Qué sereno está! Si habrá tomado la resolucion de casarse... con el correctivo del látigo...

ESCENA IV.

MARTA, HORACIO.

HOR. ¿Qué me quereis? ¿Qué escándalo venis á promover?

MARTA. No vengo á promover escándalos, no vengo ni aun á reclamar mis derechos.

HOR. Sus derechos... (*Encogiéndose de hombros.*)

MARTA. Si como pensais, ambicionaba yo vuestro nombre y vuestra fortuna, no vendria á exponerme á vuestros ultrajes, no os habria vuelto á ver sino delante del sacerdote que debe bendecir nuestro matrimonio.

HOR. ¡Y persiste en su locura! (*Con ironia.*)

MARTA. No os burleis; mirad que no es la primera vez que se invoca esa ley inflexible, y ningun hombre hasta el dia ha preferido el cadalso al altar.

HOR. Pues yo daré el ejemplo. (*Pasando á la derecha y sentándose.*)

MARTA. Oidme; confieso que el orgullo y la ambicion me trastornaron: sí, quise vuestro nombre y vuestras riquezas... la carta que me habeis escrito basta para hacer constar mi derecho y para que se pronuncie la sentencia... pero no deseo vuestra muerte, y ni siquiera exijo ya ese matrimonio.

HOR. Entonces ¿qué quereis?

MARTA. Una promesa... un juramento, y os devuelvo vuestra libertad... juradme por vuestra madre...

HOR. No profaneis (*Levantándose.*) ese nombre sagrado...

MARTA. No se profana el nombre de una madre invocándole para salvar á su hijo... Juradme por vuestra madre que Felisa Van Delberg no será vuestra esposa y renuncio á todo.

HOR. ¿Y para qué ese juramento? Felisa acabó ya para mí despues de tanto escándalo. Habeis destruido todas mis esperanzas, me habeis arrebatado su amor; concludid la obra, tomad tambien mi vida. *(Pasa á la izquierda.)*

MARTA. *(Con ironia y exaltándose poco á poco)* ¿Cómo he podido yo arrebatár de su alma un amor tan grande, yo su rival?... No, no... El corazon de la inclusera está hecho de lo mismo que el de la jóven noble... y hoy que quiero disputarla el predominio sobre vos, como yo teme ella perderos, como yo tiembla, se desespera, llora..... porque os tiene un amor tan grande como el mio.

HOR. *(Radiante de alegría.)* Pues si es cierto que me conserva su pasion, venga la muerte; la prefiero al perjurio. No renunciaré á Felisa, porque vivir sin ella es morir: estoy dispuesto á todo. *(Se dirige hácia la puerta de la izquierda, primer término.)*

MARTA. ¿Es irrevocable vuestra resolucion?

HOR. Si, sea cual fuere la vuestra.

MARTA. Dietric... *(En el fondo.)* os espero.

HOR. ¡Dietric!.. *(Cerca de la puerta.)*

ESCENA V.

LOS MISMOS, FLORIDOR, DIETRIC.

DIET. ¿Qué me quereis? *(A Marta.)*

MARTA. Sois un magistrado, y en calidad de tal, os entrego esta carta del conde.

FLOR. ¡La carta!

DIET. Debo advertiros que una vez en mi posesion esta carta, pertenece á la justicia.

MARTA. Asi lo entiendo.

DIET. Y vos, *(Acercándose á Horacio.)* señor conde, ¿no teneis nada que decirme antes que el tribunal ordene vuestro matrimonio ó vuestra prision?

HOR. Nada.

DIET. Venid pues. *(A Marta. Dietric váse el primero. Marta se detiene un instante á mirar á Horacio, que se vuelve con*

desden, y sale por el foro á la izquierda. Horacio entra en su cuarto.)

ESCENA VI.

FLORIDOR solo, luego VAN DELBERG y WILFRIDO.

- FLOR. Ya está armada la danza.
DELB. ¿Está aquí el conde todavía? (*Saliendo por la derecha, seguido de Wilfrido.*)
FLOR. Si, señor... ¿le llamo?
WILF. No, tenemos que hablaros un instante...
DELB. Sobre el conde Horacio. (*Sentándose á la derecha.*)
FLOR. ¡Ah!
WILF. Como sois (*Entre Van Delberg y Floridor.*) su amigo oirá vuestros consejos; se trata de salvarle.
FLOR. ¡Qué buena idea! ¿Y qué es preciso hacer?
WILF. Es preciso que el conde salga de este país, donde le amenaza la muerte para no volver nunca...
FLOR. Es verdad: .. una vez en Francia...
DELB. La ley es impotente; pero debe salir hoy mismo.
WILF. Antes de las cinco, pues á esa hora mi tío vendrá á prenderle en conformidad á un mandato del consejo... El señor burgomaestre, que no pertenece al órden judicial, hará que nada sabe.
FLOR. Si, si, haced la vista gorda, señor burgomaestre.
DELB. Os daré mis instrucciones. (*Levantándose y poniéndose en medio.*) Al lado de ese canal hay un sendero que desemboca en el camino de Dorderec : hallareis un barco amarrado á veinte pasos de esta casa; pasareis el canal con el conde y llegareis á la casa de posta, donde habrá caballos dispuestos.
WILF. Y en tanto que mi tío venga con los soldados por el camino de la Haya... saldreis de la Holanda. (*Van Delberg sube y mira al fondo.*)
FLOR. Sois nuestro salvador, señor abogado. (*Bajo.*) En agradecimiento, si algun dia os hace falta dinero... podeis... (*Tocándose el bolsillo.*)
WILF. ¡Insolente! (*Con altivez.*)
FLOR. He dado una pifia... perdonadme.
DELB. (*Bajando á la izquierda.*) Id á preparar la marcha.
WILF. Y cuidado conque el conde vuelva aqui, pues le espera

la muerte... Yo voy á dar órdenes á la posta y luego trataré de que se retarde el arresto.

FLOR. Os acompaño á la posta.

DELB. Contad con nuestra gratitud.

WILF. Ya lo creo que cuento: (*Alejándose por el foro izquierda.*) salvo á mi rival, pero le alejo de aquí para siempre.

FLOR. Este jóven (*Siguiéndole.*) es de lo mejor que he visto. (*Van Delberg va hácia la derecha: sale Clara.*)

ESCENA VII.

VAN DELBERG y CLARA.

CLARA. ¿Estais aquí, esposo mio?

DELB. ¿Qué teneis? Os veo pálida, turbada...

CLARA. Ya sabeis cuán grande fué el dolor de mi pobre Felisa despues de la horrible escena que interrumpió tan cruelmente su matrimonio... Al pronto se contentó con llorar, como si no hubiera perdido toda esperanza.... pero acaba de saber que esa criatura implacable ha entregado á los jueces la prueba necesaria para que condenen al conde, si se obstina en no casarse con ella, y...

DELB. Con efecto, esa carta está en manos de la justicia...

CLARA. De repente Felisa lanzó un grito desgarrador; luego á su desesperacion violenta sucedió un abatimiento sombrio... ¡ay, conozco que se nos muere nuestra hija!

DELB. ¡Felisa morirse! ¡Oh! no... ¡Dios no lo permitirá! Teme el castigo que le espera al conde... Decidla que Horacio no perecerá... que dentro de una hora saldrá de Holanda...

CLARA. ¿Podrá escaparse?

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, FLORIDOR, *saliendo por el foro izquierda.*

FLOR. Si señora, todo se está preparando para eso.

CLARA. Entiendo... una vez fuera de nuestro pais, la ley no le alcanza.

FLOR. (Ya lo creo... si ahorcáran por esas cosas en todas partes, el mundo se quedaba sin gentes!)

- CLARA. ¡Horacio vivirá!.. (*Con tristeza.*) ¿Pero es eso todo lo que podíamos desear para él y para ella?
- DELB. ¡Oh! hace algunas semanas que se conocen, y su amor es de pocos días.
- CLARA. Os engañais; hace dos años que nuestra hija ama al conde.
- FLOR. ¿Qué está diciendo?
- CLARA. Si, desde que se vieron en Suiza hace dos años, Horacio ha sido el único pensamiento de mi hija... esa fuga es la muerte de Felisa.
- DELB. ¡Cielos! no será así... Dios me dicta mi deber por vuestra boca. Soy hombre, y he debido salvar á Horacio, soy padre, y salvaré á mi hija...
- CLARA. ¿De qué modo?
- DELB. Tres meses me faltan para que espire mi cargo de burgomaestre... mil ciudadanos hay en Holanda dignos de reemplazarme... soy padre antes que magistrado, y los honores, la gloria, la popularidad, no son nada si me cuestan una lágrima de mi Felisa... Podré llorar mi patria, ausente, pero no quiero llorar sobre la tumba de mi hija adorada.
- CLARA. ¡A!.. os comprendo... Dios os bendiga.
- FLOR. Yo no le comprendo; (*Llorando.*) pero Dios le bendiga...
- DELB. El conde se marchará ahora mismo, y dentro de tres meses le llevaremos su esposa.
- FLOR. Ya caigo... se casarán en Francia.
- CLARA. Y así sacrificaréis vuestros títulos, vuestras dignidades, ese puesto que ocupais tan noblemente?
- DELB. Títulos, honores y riquezas, todo lo ambicioné para vos: erais jóven, hermosa y noble, y quise haceros la primera mujer de este país... en cambio me habeis dado veinte años de felicidad...
- CLARA. ¡Por mí!.. (*Trémula.*) (Dios mio.)
- DELB. Hoy es preciso salvar á nuestra hija, y lo que adquiriré por vos, lo sacrifico por ella... la felicidad de vosotras dos es también la mía; ¿qué mérito hay en querer ser dichoso?
- CLARA. Sois el mas noble, el mas generoso de los hombres...
- DELB. Anunciemos á Felisa mi determinacion.
- CLARA. La devolveis la vida. (*Vánse por la derecha.*)
- FLOR. Yo voy á (*Saludando.*) preparar la barca. (*Va á marcharse por el foro á la derecha, y se encuentra con Wilfrido.*)

ESCENA IX.

WILFRIDO, FLORIDOR.

- WILF. ¿Adelantan los preparativos?
FLOR. Mucho, nos vamos todos.
WILF. ¡Todos! (*Con sorpresa.*) ¿Qué significa?
FLOR. Vuestra idea ha sido magnífica... Hoy salimos el conde y yo, y dentro de tres meses el padre, la madre y la novia van á Paris, donde se celebrará el matrimonio.
WILF. ¡Felisa irá á Paris!..
FLOR. ¡Es la continuacion de vuestra idea... famosa idea!.. Voy á disponer la barca... entre tanto preparareis al conde para el viaje... ¡Que idea... Dios mio! ¡Qué idea! (*Váse por el foro izquierda.*)
WILF. Conque yo (*Dejándose caer en un asiento á la derecha.*) habré salvado á mi rival, para que al fin se case con la mujer que amo! ¡loco de mí!.. como si la tumba no hubiera sido preferible al destierro!.. Felisa perdida (*Horacio sale con lentitud, Wilfrido se levanta.*) otra vez!.. No, impediré el viaje.

ESCENA X.

HORACIO, WILFRIDO.

- HOR. ¡Wilfrido!.. os habeis acordado de nuestra buena amistad, y sabiendo cuan grande es mi desdicha... venis á tenderme la mano?
WILF. Os engaÑais, (*Cubriéndose.*) vengo á deciros lo que os diria sin duda el hermano de la señorita de Van Delberg, si supiera el escándalo que habeis provocado á los ojos de su hermana.
HOR. Explicaos, no comprendo ese lenguaje, pero pensad que estais hablando á un soldado, á un noble...
WILF. No ignoro que hablo con uno de esos nobles para quienes el honor de una pobre jóven es un juego.
HOR. Pero direis (*Animándose.*) al fin...
WILF. Si señor, diré que en este pais, el honor de las jóvenes es sagrado, y que cuando una de ellas no tiene padre ni hermano que pueda pedir cuentas al que la ha sedu-

cido, siempre se encuentra entre nosotros un hombre de corazón que abogando por la jóven y adelantándose á la ley, le dice: «Cásate con tu víctima sin ruido.— No la obligues á confesar su propia vergüenza y tu villanía ante un tribunal; respóndeme con la mano sobre tu corazón, que yo con la mía sobre mi espada estoy dispuesto á oírte.»

HOR. ¿Sois (*Reprimiendo un movimiento de ira.*) el amante de Marta?

WILF. No.

HOR. En ese caso, si, como parece, buscáis un desafío, elegid otro pretexto... Yo no me batiré por una mujer sin alma y sin corazón, no me batiré por la honra de una inclusera. (*Pasa á la izquierda.*)

WILF. ¿Y si os injurian... si os insultan?

HOR. Lo despreciaré. (*Pasando á la derecha.*)

WILF. ¡A ver (*Arrojándole su guante á la cara.*) si despreciáis los ultrajes!...

HOR. ¡Miserable! (*Corriendo hácia Wilfrido.*)

WILF. (*Con calma.*) Pensad que lleváis una espada. (*Horacio en el colmo del furor se detiene y echa mano á la espada.*)

HOR. En guardia, pues.

WILF. (*Mirando al reloj.*) Dentro de dos horas os esperaré con mis padrinos en la puertecilla del parque.

HOR. Nada de eso, ahora mismo.

WILF. Un duelo sin testigos haría un asesino del que sobreviera... Son las cuatro, á las seis estaré en la cita.

HOR. Bien, allí nos veremos.

WILF. (*Marchándose por la puerta del invernáculo á la izquierda.*) ¡Que le hagan huir ahora, antes de que llegue la orden de prision! (*Váse.*)

ESCENA XI.

HORACIO solo, luego CLARA y FELISA. Horacio envaina su espada.

¡Dios mío! ¡cuántas amarguras en un día!—¡Herido en mi amor y herido en mi honra al mismo tiempo!.. (*Cae abatido en el asiento de la izquierda.*)

FELISA. ¡Ahí está! ¡Qué tiene? ¡Horacio! (*A Horacio corriendo á él.*)

HOR. ¡Felisa! ¡gracias á vos, señora, que la habeis permitido acercarse á mí, quizá por la última vez!..

- CLARA. ¿Qué decis? ¿No sabeis nada aun?.. os salvaremos...
HOR. ¿Cómo?
FELISA. Mi padre os perdona como nosotras os hemos perdonado, y dentro de tres meses iremos con él á fijar nuestra residencia en Francia.
HOR. ¿Será posible?
FELISA. ¡Si, amigo mio, y en Francia nos casaremos!
HOR. ¡Ah! ¿es verdad lo que oigo ó empleais un subterfugio para que me sustraiga á la injusta condenacion que me espera?
CLARA. No dudeis de nuestro perdon; no dudeis del amor de mi hija...
HOR. ¡Oh no! ¡no! os creo ahora, mi querida Felisa.
CLARA. Pues bien, es preciso salir de Holanda.
HOR. ¿Cuándo?

ESCENA XII.

LOS MISMOS, FLORIDOR *saliendo por el fondo á la izquierda.*

- FLOR. (*A la derecha.*) Ahora mismo... la barca, el coche, todo está preparado...
HOR. ¡Ahora!.. no puede ser... (*Pasa al extremo de la izquierda.*)
FLOR. Que pueda ser ó no, nos marcharemos... son las cuatro y media, y á las cinco os deben prender... vámonos pronto...
HOR. No puede ser.
CLARA. ¡Gran Dios!
FLOR. ¡Vaya! Pierde la cabeza. Señoras... un abrazo y me le llevo...
HOR. Os digo que no puede ser... no puedo huir como un cobarde... he sido insultado y tengo que batirme.
CLARA. }
FELISA. } ¡Batiros!
FLOR. (*Con presteza.*) ¿Dónde, cómo y con quién?
HOR. En el parque, á las seis, con Wilfrido.
FLOR. Wilfrido sabe que deben prenderos á las cinco.
HOR. Entonces no comprendo...
CLARA. Wilfrido es vuestro rival.
HOR. ¿Qué oigo?
FLOR. (*Saca una cartera del bolsillo y escribe con presteza con*

- el pie en la silla de la derecha que lleva al fondo.*) ¡Tu-
nante! ¡ahora veo bien su idea!
- HOR. ¡Wilfrido es mi rival! (*Abatido.*)
- CLARA. Si, es una astucia infame que emplea para impedir vuestra marcha; pero ahora que conoceis los fines de esa provocacion...
- FELISA. La despreciareis y os marchareis al instante, ¿no es verdad, amigo mio?.. ¡Cielos! sus ojos estan fijos... sus manos heladas... ¡Madre mia! (*Horacio cae sobre el asiento de la izquierda, rodeado de Felisa y de Clara, que le suplican en voz baja.*)
- FLOR. (*A la puerta de la derecha.*) ¡Eh! ¡Juan! (*Juan aparece; le da su carta.*) ¡Toma!.. coge mi coche, revienta mis caballos, diez libras si llevas esta carta. (*Continúa hablando bajo.*)
- FELISA. ¡Horacio!
- HOR. ¡Ah! (*Levantando la cabeza*) No insistais, por Dios; si me voy, quedo deshonorado.
- FLOR. (*Volviendo.*) Si ese señor quiere batirse que vaya á Francia.
- HOR. ¿Y para qué ha de ir? no le he ultrajado yo, y si me marchaba, no me llevaria conmigo su honra... Su venganza está cumplida y acabará de estar satisfecho viendo huir á su rival afrentado.
- FELISA. ¡Cielos!
- HOR. Me ha arrojado su guante, Felisa... ya comprendereis toda la fuerza del insulto.
- FELISA. (*Llorando.*) Lo único que comprendo es que si os quedais estais perdido.
- CLARA. Debeis casaros con Marta ó morir.
- HOR. Entonces la muerte lavarà mi vergüenza; no habré huido cobardemente.
- FELISA. Horacio, no me atrevo á suplicaros mas... pero si supiérais lo que sufro!..
- CLARA. Compadeceos de mi pobre hija.
- HOR. Si os obedeciera, mañana habria cesado de amarme...
- FELISA. No, no, os amaré siempre como al mas noble, al mas valeroso de los hombres, os amaré mas aun por el sacrificio que me habreis hecho!
- HOR. Vuestro padre es un hombre de honor que me despreciaria; en el momento de llevaros á Francia, recordaria mi fuga humillante y... yo no os volveria á ver nunca.

(Pasa al extremo de la derecha.)

CLARA. (Entre Horacio y su hija.) Oídme y no vacilareis... Este anillo de desposorios que me dió mi madre, será hoy el tuyo, hija mía! (Felisa se arrodilla cogiendo la mano á su madre para besarla.) Ante el Dios que me escucha os uno para siempre. Hincad la rodilla, Horacio, y juro que si partis, Felisa será vuestra esposa... Obedecedme, pues, soy vuestra madre. (Horacio como á pesar suyo dobla la rodilla é inclinándose hácia el suelo sus ojos ven el guante que le arrojó Wilfrido.)

HOR. ¡Ah! (Recogiendo el guante.)

CLARA. } ¿Qué es eso?
FELISA. }

HOR. Es el guante (Presentando el guante.) que ha herido mi rostro, es su ultrage que se alza delante de mí... Es la voz de mi enemigo que me grita: ¡eres un cobarde! No, no, ¡no marcharé!...

FELISA. Dios os perdone, Horacio. (Alejándose hácia el fondo con su madre.)

FLOR. Creo haber logrado lo que queria. (A la puerta de la derecha.)

HOR. ¿Qué teneis? (Las dos mujeres bajan.)

FLOR. ¡Venid, venid aquí! (Se los lleva al rincon del teatro, de modo que la puerta de la derecha los oculta cuando se abre.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, WILFRIDO.

WILF. ¿Conque le habeis hecho huir? (Corriendo hácia Floridor, que es el único á quien ha podido ver á su entrada; trae una carta abierta.)

HOR. No, no, caballero. (Corriendo el cerrojo de la puerta de la derecha.)

WILF. ¿Qué significa esta carta? (Volviéndose, y hallándose enfrente del conde.)

FLOR. Es una idea como mía, el conde no se queria ir llevándose vuestro insulto, os he escrito que ya habia marchado, lo cual os ha hecho volver... ya estais aquí, me alegro; os va á matar, y en seguida se marchará tranquilo.

HOR. En guardia, despachemos.

- FELISA. ¡Horacio! ¡Horacio!
- WILF. He dicho que me batiría á las seis.
- FLOR. Porque sabeis que deben prenderle á las cinco, ¡qué valiente!... Ea, ea, en dos tiempos, que tenemos prisa...
- HOR. Mi espada está desnuda, caballero.
- WILF. La mía no lo estará antes de que lleguen mis padrinos. (*Llaman fuerte á la puerta cerrada por Horacio.*)
- DIET. Abrid en nombre de la ley. (*Fuera.*)
- WILF. Al cabo llegan.
- FLOR. ¡La justicia! (*Se lanza hácia la puerta.*)
- OTRA VOZ. (*A la puerta del invernáculo.*) Abrid, abrid.
- FLOR. No tengais (*Yendo á la puerta del invernáculo.*) cuidado, que pronto despachamos. (*Corre los cerrojos.*)
- HOR. Sacad la espada, pues.
- WILF. No me batiré sin mis padrinos.
- HOR. Eso es demasiado, miserable... al menos, te devolveré tu insulto. (*Le cruza el rostro con su espada.*)
- CLARA. } ¡Ah!
- FELISA. }
- WILF. ¡Delante de ella!... ¡oh rabia!
- FLOR. Han cogido (*En el fondo.*) la barca, y vienen por aquí. (*Cierra la puertecilla del enverjado.*)
- WILF. Defiéndete. (*Saca la espada.*)
- CLARA. Ven, hija mía. (*Quiere ocultarla los combatientes, y llevarse la.*)
- FELISA. No, quiero quedarme aquí, y orar por él. (*Arrodillándose.*)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, DIÉTRIC, *tres soldados en la barca.*

- DIET. ¡Wilfrido con la espada en la mano!
- FLOR. ¡Si señor, él es!
- DIET. Señor conde, (*Desembarcando.*) en nombre de la ley, os prendo.
- FLOR. ¡Alto! (*Sacando las pistolas del bolsillo, y apuntándole.*) ¡alto!... el primero que se adelante le levanto la tapa de los sesos... cuidado con moverse, señores.
- DIET. ¡Miserable! (*Detrás del enverjado.*)
- WILF. ¡Ah! (*Herido. Caee á la izquierda.*)
- DIET. ¡Wilfrido!

- FLOR. ¿No lo dije? (*Bajando las pistolas.*) le habeis turbado.
(*Abre la puertecilla.*)
- DIET. Wilfrido; (*Corriendo á su sobrino.*) ¡Wilfrido!... respóndeme... ¡Socorro!... ¡socorro!... (*Los soldados van á abrir la puerta de la derecha y la del invnáculo, y otros tres soldados se presentan á cada puerta.*)
- FLOR. ¡Herido! (*Incorporando á Wilfrido en el suelo.*)
- DIET. ¡Herido mortalmente! ¡Oh! te vengaré... (*Yendo á Horacio.*) Vuestra espada.
- FELISA. ¡Le he perdido, madre mia! (*En los brazos de su madre.*)
- CLARA. ¡Felisa! (*Sosteniéndola.*)
- WILF. Muero, y me arrepiento. (*Con voz apagada.*)
- FLOR. Oid... ¿qué dice?
- WILF. Tomad esta carta y entregadla vos mismo... á...
- FLOR. ¿A quién?
- WILF. ¡Ah! (*Volviendo á caer. Espira*)
- DIET. ¡Wilfrido! ¡hijo mio! (*Corriendo á su sobrino.*)
- FLOR. ¡Muerto!
- DIET. (*A Horacio*) Le habeis muerto.
- HOR. Me habia ultrajado; he cumplido con mi deber, cumplid vos con el vuestro. (*Dietric hace una señal, los soldados bajan hácia Horacio, cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

Una sala de gusto severo. Puerta en el fondo, y puertas laterales.
En el foro otra sala con balcon.

ESCENA PRIMERA.

FLORIDOR, TERESA, *saliendo del cuarto de la derecha.*

- FLOR. Buenos dias. ¿Cómo está la señorita Felisa? (*Saliendo por el foro.*)
- TER. No va bien.
- FLOR. Pues las noticias que traigo de la cárcel, tampoco son buenas.
- TER. La señorita sigue muy abatida y muy débil; no la ha dejado la fiebre en los diez dias que hace que volvimos de la Haya.
- FLOR. ¡Diez dias que pasa el conde encerrado!
- TER. La idea de que se dejará condenar, acabará con la señorita: el médico dice, que si se casára con la inclusera, al punto recobraría ella la salud.
- FLOR. El médico es un asno... Si el conde se casa con Marta, Felisa se morirá de dolor; y si no se casa, se morirá de pena.
- TER. ¿Y no hay alguna esperanza?
- FLOR. Yo no la tengo; ahora deliberan los jueces despues de haber oido á los abogados... El señor burgomae stre ha

obtenido que el fallo no se dé hasta la noche... él se llevará su idea... y me gustaria saberla, por eso vengo.

- TER. El señor ha salido, y la señora está con su hija...
FLOR. Esperaré á que vuelva vuestro amo. (*Se sienta á la derecha suspirando.*) ¡Ah!
TER. ¡Pobre señor Floridor!.. Está muy triste...

ESCENA II.

FLORIDOR, luego VAN DELBERG.

- FLOR. ¡Qué de sucesos!.. Prisiones, desafios, muertes!.. no hay duda que hago un viaje divertido... Mas valia que hubiera ido á comer con mi mujer... la pobre es muy fea... pero no tengo obligacion de mirarla á la cara!.. ¡Y qué cartitas tan dulces me escribe! (*Saca una carta del bolsillo.*) ¡Ah! esta no es dulce, es la carta que aquel bribon de Wilfrido me entregó al morir... un encargo difícil de hacer. (*Leyendo el sobre y levantándose.*) A la señorita Clara Van Hoel... No conozco... y en sustancia es, que una tal Clementina Brunner anuncia á esa señora la muerte de su niña Maria... Echate ahora á buscar á la Clara Van Hoel!..
- DELB. ¡Buenos dias, señor Floridor!..
- FLOR. ¡El burgomaestre! (*Saludando. Ap.*) ¡Qué idea! me podrá franquear los registros de la policia, y entre los dos hallaremos á Clara Van Hoel. Quisiera pedirnos un favor.
- DELB. Hablad; yo tengo que pedirnos otro.
- FLOR. Para servirnos... se trata de esta carta (*Se la presenta por el lado del sello.*) que me fué entregada por Wilfrido Dietric en el momento de su muerte.
- DELB. ¡Una carta de Wilfrido!..
- FLOR. Encierra un secreto muy importante. Wilfrido me encargó la pusiera en manos de una mujer que no conozco y...
- DELB. ¡Wilfrido... un (*Tomando la carta.*) traidor castigado por el cielo; pero que habrá causado la pérdida del conde, y la muerte de mi hija!..
- FLOR. Parece que se arrepentia cuando me la dió...
- DELB. ¡Entonces, (*Yendo hácia la mesa.*) Dios le perdone y se compadezca de Felisa y de mi pobre Clara! (*Se sienta y arroja la carta sobre la mesa.*)

- FLOR. ¡Clara!.. ¿Qué habeis dicho?.. ¿teneis quizás otra hija?..
- DELB. Clara es el nombre de mi mujer.
- FLOR. ¡Bah!
- DELB. ¿Eso os sorprende?
- FLOR. Si, porque me parece nombre de muchacha soltera.
- DELB. Ciertamente, (*Sonriendo.*) mi mujer no siempre ha sido casada, y antes de llevar mi nombre de Clara Van Delberg, llevaba el de su familia Clara Van Hoel.
- FLOR. Clara Van Hoel!.. (*Ap.*) ¡Dios mio!.. se trata de su mujer!.. (*Se arroja hácia Van Delberg viendo que toma la carta.*)
- DELB. ¿Qué es eso?
- FLOR. Nada... (*Con presteza.*) ¿Pero el favor que teniais que pedirme era una cosa urgente?..
- DELB. Deseo que vayais á decir á Marta que venga luego.
- FLOR. Y si no quiere. (*Se aleja de la mesa, y con sus ademanes dice á Van Delberg que le siga.*)
- DELB. Añadireis que el conde estará en mi casa y vendrá. (*Levantándose.*)
- FLOR. ¡Ah! Entonces no dejará de hacerlo. (*Mirando la carta.*) ¿Y despues?
- DELB. Mi mujer hará un último esfuerzo, y si el conde consiente en el matrimonio antes que se pronuncie la sentencia...
- FLOR. ¡Se salvará! (*Con la vista fija en la carta.*) Felisa será dichosa, y olvidaremos todo lo pasado, los Dietric, el tío, el sobrino y esa carta. (*Da un paso para cogerla. Van Delber vuelve á la mesa; Floridor pasando por detras de él se pone al otro lado de la mesa.*)
- DELB. ¡Ah! me olvidaba de esa carta. (*Va á cogerla con una mano: Floridor pone la suya encima.*)
- FLOR. ¡Perdonad; pero tengo un escrúpulo!..
- DELB. ¿Cuál?..
- FLOR. Wilfrido era un tunante; pero en fin, ya murió... ¡Dios le tenga en la gloria!.. Y la última voluntad de un moribundo, que sea buena ó mala, es sagrada... me dijo que me confiaba el papel á mí solo... para entregarle á la señorita en cuestion; y como eucierra quizá un secreto que podria comprometer á mas de una persona, debo andar con cautela... (*Con sensibilidad.*) Yo solo haré las pesquisas, para no hacer daño á nadie.
- DELB. Teneis razon, señor Floridor... eso es obrar noblemen-

te. *(Se levanta, dejando la carta sobre la mesa.)*

FLOR. ¡Gracias *(Cogiéndola con presteza.)* á Dios! *(Van Delberg le mira, Floridor se mete la carta en el bolsillo.)* Gracias por lo que acabais de decirme, señor burgomaestre. *(Ap.)* ¡Uf!.. ¡qué peso me quito de encima!

ESCENA III.

LOS MISMOS, CLARA.

DELB. ¡Clara!

FLOR. Es ella. *(Echa la mano al bolsillo para meter su carta mas adentro, y saluda á Clara.)*

CLARA. No me sorprende veros aqui, señor Floridor, en las desgracias se conoce á los amigos.

FLOR. ¡Oh! si, *(Con sentimiento.)* soy amigo de vuestra familia de todo corazon, y nunca me habria perdonado que os sucediera algo malo por mi causa. *(Sorpresa de Clara.)* Voy en busca de Marta. *(Váse por el fondo.)*

ESCENA IV.

CLARA, VAN DELBERG.

DELB. ¿Y Felisa?

CLARA. Siempre en el mismo estado, persiste en creer que decidirá al conde á no sacrificarse, á no mirar.

DELB. El ministro de la justicia me ha prometido que hasta esta noche no se pronunciaría la sentencia; entre tanto el conde vendrá á mi casa; pues Felisa no puede salir... Marta vendrá tambien; he pedido á la inclusa la partida de su admision y demas papeles necesarios para su matrimonio; y si Felisa puede vencer la resistencia del conde, no perderemos un instante.

CLARA. Ignoro si ese casamiento salvará á Felisa; pero sé, amigo mio, que le costaría la vida la muerte de Horacio!

FLOR. He hallado *(Saliendo.)* aqui cerca á la señorita Marta y me sigue...

CLARA. ¡Marta!.. *(Se sienta á la derecha de la mesa, y Van Delberg á la izquierda.)*

ESCENA V.

VAN DELBERG, CLARA, MARTA y FLORIDOR.

MARTA. ¡No le veo! (A Floridor.)

CLARA. Acercaos.

MARTA. Nada tenemos que decirnos, señora... si el medio empleado para hacerme venir aquí es una astucia... si no debo ver al conde, me alejo.

FLOR. Un poco de cachaza... ¡Qué pólvora!..

DELB. El conde va á venir.

MARTA. Bien, le esperaré en otra parte.

CLARA. ¿Conque es tan odiosa nuestra presencia?..

MARTA. La señorita Van Delberg es causa de todos mis infortunios.

CLARA. Aborreceis á mi hija... y la bendecireis algun dia.

MARTA. ¡Yo! (Bajando.)

CLARA. Sí, la bendecireis, porque ella mas que nadie y á pesar de su amor, desea vuestro matrimonio con el conde.

MARTA. Entonces (Con presteza.) es que no le ama.

CLARA. ¿Y vos, que pretendéis amarle, deseariais mejor su muerte que su casamiento con otra?

MARTA. Sí. (Con resolucion.)

CLARA. ¿Cómo os atreveis?..

MARTA. ¿Os sorprende este amor violento, terrible?.. Entre vosotras, la criatura aprende á amar cuando aprende á vivir... su corazon llega á enervarse por veinte años de ternura paternal, de amistades, de amores; pero en el corazon de una inclusera, que nunca sintió las caricias de una madre ni de un hermano... en ese corazon que á veinte años está vírgen aun, el amor tiene el campo libre; al penetrar en él, le invade todo y le abrasa... Es una fiebre, es un delirio de todos los instantes... No pidais á ese corazon que nació ayer, que se someta á lo convenido entre los dichosos; ama y quiere ser amado... ¡no conoce otra cosa!..

CLARA. Si quereis (Levantáncose.) ser amada, no os presentéis al conde con la frente erguida; procurad que solo descubra en vos vuestro dolor, vuestro arrepentimiento; y quizás entonces enternecido con las lágrimas y los rue-

gos de mi hija, accederá á vuestro anhelo.

MARTA. Conque deberé yo á sus instancias la reparacion que me asegura la ley... no, no, aborrezco demasiado á vuestra hija... no quiero nada de ella. *(Sale Juan.)*

JUAN. *(Bajando á la derecha del burgomaestre, sentado aun y á media voz.)* De la inclusa. *(Le entrega un papel, y véase.)*

DELB. ¿Olvidais que estais hablando delante de una madre? *(A Marta.)*

MARTA. Yo no olvido nada.

CLARA. Y os atreveis...

MARTA. No sé que es lo que puede herir el corazon de una madre... la mia me echó su maldicion el dia de mi nacimiento... al abandonarme en la calle.

DELB. ¿Qué dice? *(Que ha recorrido el papel que Juan le entregó.)*

MARTA. Una persona mas caritativa me recogió, y me llevó á la inclusa. *(Con amargura.)* Eso es todo lo que conozco del corazon de las madres.

DELB. ¿Y quién os ha enterado de tan odiosos pormenores?

MARTA. Nadie; pero esa es la historia de todas las incluseras, que no oyeron hablar nunca de su familia.

DELB. Pues bien, *(Yendo á ella.)* otra es la vuestra; no os abandonaron á la caridad pública... mientras vivió, os cuidó tiernamente Clementina Brunner.

CLARA. ¡Clementina Brunner! *(Ap.)*

FLOR. ¡Clementina! *(Bajo y vivamente. Mira á hurtadillas la carta de la segunda escena.)*

MARTA. Y esa mujer era...

DELB. He aquí la declaracion que ella principió, y que la muerte no le permitió completar. *(Leyendo.)* «Delante de Dios que me juzgará, declaro que habiendo perdido mi marido y luego nuestra hija Marta, y viéndome sola en el mundo con una pobre niña natural, que yo criaba y amaba como si fuera hija mia, temiendo que la arrancaran de mi lado, enterré á mi hija bajo el nombre de esta.»

CLARA. ¡Dios mio! *(Ap.)*

DELB. *(Leyendo.)* «Y escribí al padre y á la madre, que su hija Maria habia muerto.»

FLOR. ¡Maria!

CLARA. ¡Maria!... es ella mi. *(Ap.)*

FLOR. ¡Es su hija! *(Ap.)*

- CLARA. ¡Y nada (*Encontrando la mirada de su marido.*) puedo decir!... ¡nada!
- MARTA. ¿Pero no conclusis?
- DELB. Aquí se acaba la declaracion de la moribunda; una desgracia ó una falta obligó quizás á vuestra madre á separarse de vos... y luego os arrebataron á su ternura... Ya veis que vuestra madre no os abandonó voluntariamente.
- CLARA. ¡No!.. no... (*Ap.*)
- MARTA. ¡De modo que por satisfacer su ternura ciega y culpable, esa Clementina Brunner me arrebató mi padre, mi madre y hasta mi nombre!...
- CLARA. ¡Ahora ya no maldecireis á esa pobre madre que os creyó muerta; que os ha llorado! (*Viendo á su marido.*) ¡Qué debe haberos llorado durante tanto tiempo! (*Ap.*) ¡Pobre hija mia!
- DELB. Aquí teneis la declaracion que pedí á la inclusa, para que pueda realizarse el matrimonio; el conde vá á venir, retiraos; cuando sea tiempo os llamaré.
- FELISA. ¡Madre mia! (*Saliendo.*)
- MARTA. ¡Ella aqui! (*Sube hácia el foro.*)
- FELISA. ¿Por qué os alejais cuando yo llego?
- MARTA. Señorita... (*Con mucha sequedad.*)
- CLARA. No la mireis (*Entre sus dos hijas.*) encolerizada; no es vuestra enemiga...
- MARTA. En tanto que le ame no puedo yo ser amiga suya.
- CLARA. ¡Marta!
- DELB. Entrad ahí... (*Señala á la izquierda. Váse Marta.*)
- FLOR. ¡Su hija!... (*Cerca de la puerta de la izquierda. Váse por el fondo.*)

ESCENA VI.

VAN DELBERG, FELISA, CLARA, FLORIDOR en el fondo, en la segunda pieza.

- FELISA. No viene, madre mia. (*Muy abatida.*)
- CLARA. ¡Qué pálida y qué débil estás!
- FELISA. ¡Oh! no, tengo (*Enderezándose.*) mucha fuerza... no me sostengais, padre mio... ya vereis como no conoce lo que he padecido en estos dias.
- DELB. No vayas á intentar una lucha inútil.

FELISA. Si ahora me impidierais hacer lo prometido, sufriría mucho mas aun.

CLARA. Vamos, cálmate, Felisa.

FLOR. Un coche (*En la ventana de la segunda sala.*) con escolta entra ahora en el patio.

DELB. ¡Es el suyo! (*Floridor desaparece.*)

FELISA. ¿Me dejareis sola con él?..

CLARA. Dios secunde tus designios. (*Clara y Van Delberg se van por la derecha despues de besar á Felisa.*)

ESCENA VII.

FELISA, HORACIO.

HOR. (*Seguido de Floridor; soldados en el foro.*) ¡Allí está! Dejadme, (*A Floridor.*) amigo mio. (*Se cierran las puertas.*)

FELISA. (*Sentada cerca de la mesa.*) ¡Cómo palpita mi corazón!

HOR. (*Corriendo á ella.*) ¡Ah! os veo al cabo de diez dias de ausencia...

FELISA. ¡Amigo mio! (*Conmovida.*)

HOR. ¡Felisa!.. (*Felisa separa suavemente á Horacio.*) ¡Cómo!.. ¡rechazais mi mano!..

FELISA. (*Levantándose.*) Mi padre os ha hecho venir porque ha creido conveniente que sea yo quien os dé parte de una resolucion de toda la familia... Tengo que casarme. (*Pasa á la derecha.*)

HOR. ¡Vos!.. ¡Pertenecer á otro!.. ¡Oh! no puede ser, vuestra madre me ha llamado su hijo...

FELISA. Mi madre inclina la cabeza ante la voluntad de mi padre. (*Durante la siguiente relacion se sostiene en la silla colocada á la derecha.*)

HOR. ¡Está muy bien que vuestro padre quiera sofocar el escándalo que he causado, y es natural que vuestra madre le secunde... pero vos, Felisa, quereis conservar el derecho de amarne siempre, de vestir luto por mí, de llorar sobre mi sepulcro, y habeis respondido á los ruegos y á las órdenes de vuestro padre: «En la vida como en la eternidad soy suya, siempre suya.»

FELISA. (*Despues de una lucha interior.*) ¿Y por qué os obstinais en morir?

HOR. (*Con fuerza.*) ¿Vos me lo preguntais?

- FELISA. Vuestra muerte sería para mí una causa de desesperación y de lágrimas... soy muy joven aun, la vida es larga... ¿quereis condenarla al dolor eterno?..
- HOR. ¡Pensais en el porvenir cuando el presente es para mí tan horrible!.. (¡Oh! no, ¡quiere engañarme!)
- FELISA. (*Violentándose.*) Por el contrario, si consentis en vivir, la amistad podría suceder un día á nuestro amor. (*Pasa á la izquierda enjugando sus lágrimas.*)
- HOR. (¡Pobre criatura! tiembla, devora sus lágrimas para obligarme á vivir...) (*Felisa vuelve á sentarse á la izquierda. Horacio toma un asiento en el fondo y aparentando calma se sienta cerca de Felisa.*) ¿Conque me aconsejais que me case con Marta?
- FELISA. Sin eso, ¿tendria yo nunca valor para casarme?
- HOR. (*Con intencion.*) Entiendo... ¿por esa gran razon quereis que yo viva!.. Muy bien, interrogaré mi corazon!.. pensaré en vuestro porvenir, en mi madre, y acaso reuniré fuerzas para consumir el sacrificio... ¡acaso viviré!
- FELISA. ¡Ah! (*Con júbilo.*)
- HOR. (*Rechazando la mano de Felisa.*) Y viviendo... el tiempo dulcificará el odio que me inspiraba Marta, que en suma es una pobre víctima... y si un dia el cielo me da hijos, no podré menos de amarlos... ellos me harán olvidar el pasado de su madre y la perdonaré!.. la amaré... ¡si, la amaré!..
- FELISA. (*Se levanta.*) ¡La amareis, Horacio! ¿Y yo... y yo?..
- HOR. (*Con pasion.*) ¡Ah! ya sabia yo que mentias, que me amas, (*Felisa cae en los brazos de Horacio.*) que eres digna de mi amor, y de mi sacrificio!.. (*Marta aparece á la puerta de la izquierda.*)
- FELISA. ¿Qué he dicho?.. ¿Qué he hecho? (*Marta desesperada baja á la escena apoyándose en la pared.*)
- HOR. Si muero me llorarás eternamente; pero si viviera para otra soy yo quien tendria que llorar sobre tu sepulcro.
- FELISA. ¡Ah! ¡me he vendido!..
- MARTA. Me habeis olvidado, señor conde.
- HOR. ¡Ella aqui!..
- FELISA. ¡Horacio!..
- HOR. Venid, venid, Felisa. (*La acompaña hasta la puerta de la derecha, que cierra detrás de ella.*)
- MARTA. (*A Horacio en tono suplicante.*) ¡Horacio!.. (*Horacio la mira con desprecio, y váse por la puerta del fondo haciendo*

señal de que le sigan á los soldados que estan en la ante-sala. Las puertas del foro se cierran.)

ESCENA VIII.

MARTA, luego FLORIDOR.

MARTA. ¡Qué mirada de desprecio! ¡Y ella que debia decidirle á devolverme el honor, estaba en sus brazos!.. ¡Oh! ¡me vengaré de todos! (*Floridor sale por el foro.*) y de ella, ¡de ella, á quien ama tanto como á mí me aborrece!.. (*Se dirige al cuarto de Felisa.*)

FLOR. (*Colocándose delante de ella.*) ¡Parece que os gusta mucho hacer daño á las gentes?

MARTA. ¿Qué me quereis?

FLOR. Quiero daros un consejo que os hará reir al pronto, pero que luego os hará llorar.

MARTA. ¿Y cuál es?

FLOR. Que os hagais buena, que bien lo necesitais.

MARTA. ¡Buena!.. ¡já!.. ¡já!.. ¡já!..

FLOR. Ya os reis como os he dicho: pero no es eso todo... os aconsejo tambien que renunciéis al conde, y que nos ayudeis á salvarle.

MARTA. ¡Estais loco!

FLOR. Al contrario estoy muy cuerdo: sigamos adelante. Acabais de saber que Clementina Brunner escribió á vuestra madre diciéndola que habiais muerto... pero ignorais el nombre de vuestra madre.

MARTA. ¿Lo sabeis vos?

FLOR. Tengo en mi poder la carta de Clementina desde hace diez dias... leedla...

MARTA. ¡Muerto!.. (*Leyendo.*) ¡le decia que yo habia muerto!..

FLOR. Ahora leed el solre.

MARTA. Clara Van Hoel... (*A Floridor.*) ¡Clara Van Hoel!

FLOR. Hoy la señora de Van Delberg.

MARTA. ¡Ella!.. (*Fuera de st.*) ¡mi madre!!

FLOR. ¡Y Felisa vuestra hermana.

MARTA. Mi madre... (*Llorando.*) mi hermana!.. ¡Yo tengo una madre!.. Yo, que me creia abandonada al nacer, y condenada á vivir sola, desdeñada, despreciada, sin ningun consuelo en este mundo... ¡Yo tengo una madre!.. (*Cae sobre el asiento á la izquierda de la mesa, y solloza con la*

- cabeza entre sus manos.*)
- FLOR. ¡Llorais!.. ¿no os lo dije? Pero este secreto debe morir con vos; pues Clara Van Delberg es hoy una mujer casada.
- MARTA. *(Levantándose y dejando la carta sobre la mesa.)* Si, si... me callaré... pero podré adorarla en secreto! Dios mio! ¡cuánto amaré á mi madre!.. *(Pasa á la derecha.)*
- FLOR. ¡Ola! ya parece que vamos cambiando.
- MARTA. Y á vos, cuántas gracias os debo... Con una sola palabra me habeis hecho otra... ya no me reconzco... me parece que nunca he tenido enemigos, que nadie me ha ultrajado... consulto mi corazon y no hallo en él odio, ni cólera... ¡Dios mio! ¡tengo una madre! *(Pasa á la izquierda.)*
- FLOR. ¡Eh! ¡qué decia yo! ¿no vale mas ser buena? pero ocultad la carta; no podriais mostrársela á vuestra madre, sin decir la quién os la dió... y vuestra madre no debe sonrojarse en mi presencia!
- MARTA. *(Recogiendo la carta de la mesa.)* ¡Oh! no, no... ¿pero entonces nunca sabrá que yo soy su hija?..
- FLOR. Si por cierto: puesto que la declaracion de Clementina Brunner ha bastado para declarármelo todo: la señora de Van Delberg ha debido reconoceros por hija suya...
- MARTA. Sí, tenéis razon; pero no puede decirme: «Yo soy tu madre,» cuando la he maldecido... *(Llora sobre el hombro de Floridor, que la lleva suavemente hácia el asiento donde estuvo Horacio, y la sienta arrodillándose.)*
- FLOR. Calmaos... Si la señora de Van Delberg no puede amarnos, asi, de repente... vos la amareis de lejos, en silencio... Cuando salgan, os pondreis al paso... *(Marta levanta la cabeza.)* y exclamareis: ¡es mi madre! ¡es mi hermana!.. y ellas enternecidas os mirarán... y luego la madre os saludará con una sonrisa... y quizá una mañana aparecerá en vuestro cuarto con los brazos abiertos diciendo: ¡Te perdono, hija mia!
- MARTA. ¡Oh! gracias os sean dadas á vos que me devolveis una familia... que me dirigis palabras tan afectuosas.
- FLOR. ¡Pero no hay *(Afectado.)* que llorar; demonio!.. ahí estan vuestra madre y vuestra hermana, que no tienen costumbre de veros enternecida!..

ESCENA IX.

LOS MISMOS, CLARA, y FELISA viniendo por la izquierda.

CLARA. (A Felisa.) Ven, hija mia, el aire del jardin te reanimará. ven...

MARTA. (¡Son ellas!) (Marta las mira en silencio; al distinguirla las dos mujeres bajan la escena á la derecha; Marta, á quien Floridor hace señal de que salga, lo intenta en vano; la presencia de su madre encadena su voluntad; una fuerza desconocida la atrae á los pies de su madre, y cae de rodillas al fin como á pesar suyo, y presa de una especie de éxtasis producido por la contemplacion de su madre.)

FELISA. ¡Madre mia! (Sorprendida.)

CLARA. (A Marta arrodillada.) ¿Qué haceis?..

MARTA. (Conteniendo sus lágrimas.) Imploro vuestro perdon, señora... olvidad todo lo que he podido decir... estaba loca, pero Dios se ha compadecido de mí... perdonadme, me arrepiento, perdonadme!

CLARA. Levantaos.

MARTA. Todavía no. Dejadme á vuestros pies. (Con exaltacion.) ¿Qué puedo hacer, ¡oh Dios! para probar mi arrepentimiento, para enternecer el corazon de los que he ofendido?..

FELISA. ¡Qué cambio!..

CLARA. (Conmovida.) Si ese arrepentimiento es sincero, os perdono.

MARTA. ¿De todo corazon?..

CLARA. ¡Si, si, con toda mi alma! (Quiere levantarla, Marta coge su mano.)

MARTA. ¡Oh! ¡gracias! ¡gracias!.. (Cubre de besos la mano.)

CLARA. (Conmovida.) Levantaos.

MARTA. (Llorando.) Dejadme que cubra de besos y lágrimas esta mano caritativa cuyo temblor me anuncia el perdon de todas mis injurias... (Clara la levanta.) ¡Ah! ¡Dios sabe que este dia es el mejor de mi vida! (Floridor la recibe en sus brazos.)

FLOR. Basta; basta. (Bajo.)

FELISA. Explicaos.

MARTA. (Pasando entre Clara y Felisa.) ¡No, no me explicaré.. pero nada temais... Yo no soy vuestra enemiga... ni

vuestra rival... ¡Yo, su rival!.. ¡Insensata! Y vos mi... señorita, tan hermosa, tan buena, sereis menos clemente que vuestra madre? (*Parece que pide á Felisa su mano; Felisa se la da al fin, y ella la besa con trasporte.*)

CLARA. (*Con presteza como herida de una idea.*) ¡Señor Floridor! dad el brazo á mi hija y acompañadla.

FLOR. ¡Yo darla el brazo! (*Pasa por detras de las dos jóvenes, y llegando al proscenio de la derecha, presenta el brazo derecho á Felisa.*) ¡Señorita! (*Se vuelven para salir por el foro, y al pasar delante del público, Floridor dice enjugando sus lágrimas.*) ¡Qué honra!

FELISA. ¿Quereis que vaya?...

CLARA. (*A la derecha.*) Si, anda, hija mia. (*Floridor sale con Felisa por el fondo.*)

ESCENA X.

CLARA, MARTA.

CLARA. (*Clara, que ha seguido á Felisa hasta el foro, cierra la puerta y baja apresurada.*) ¡Marta!... lo sabeis todo... (*Con fuerza.*) lo sabeis todo, ¿no es verdad? ignoro por quien; pero estais enterada de todo... respondedme.

MARTA. (*Disimulando su emocion.*) Sé que el arrepentimiento ha penetrado en mi corazon, sé que daria mi vida por haceros dichosa... á vos y á vuestra hija... pero nada mas me preguntéis, pues nada mas tengo que deciros.

CLARA. (*Con fuerza.*) ¿Pero quién ha operado ese cambio?

MARTA. (*Con resolucion*) Dios solo, que me ha hecho comprender que mi odio era un crimen.

CLARA. ¡Un crimen! (*Exaltada.*) ¡Ah!... basta, ya te lo decia yo... sabes que soy tu madre. (*Marta fuera de sí, se arroja en los brazos de Clara, que la cubre de besos, dejándose caer en su sillón; Marta está de rodillas con la cabeza en el pecho de su madre.*) ¡Marta!... ¡Hija de mis entrañas!...

MARTA. ¡Madre mia!... ¡siento vuestras lágrimas!... ¡Las lágrimas de mi madre!... ¡Dios mio! ¿es esto un sueño?

CLARA. No... no... (*Radante de alegria.*) ¡Soy tu madre! ¿No oyes los latidos de mi corazon? y en tanto que ocultando mi dolor vivia yo en la opulencia, tú comias el pan de la caridad... ¡Y estabas sola!... ¡sola en el mundo!

¡hija mía!...

MARTA. ¡Oh! no lloreis, (*Levantándose.*) vuestras lágrimas me matan, madre mía, y necesito todas mi fuerzas para alejarme de vuestro lado.

CLARA. ¿Dónde quieres ir?

MARTA. Ante el tribunal que juzga al conde, á declararlo todo... Si, diré que le oculté la ley terrible que me protegía, que fingí estar enamorada de un hombre cuya fortuna y títulos ambicionaba... que toda la vergüenza de nuestra falta debe recaer sobre mí, que el castigo debe ser para mí sola.

CLARA. Calla, me desgarras el corazón.

MARTA. Y los jueces, que están deliberando aun, le absolverán.

ESCENA XI.

LOS MISMOS, FELISA.

FELISA. Madre mía!... (*Saliendo.*) ¡le han condenado!...

CLARA. ¡Cielos!

MARTA. ¿Será vuestro marido Marta, ó morirá!

FELISA. ¡Morir!... no... no.

MARTA. Felisa... aún nos queda alguna esperanza... Marta, sígueme.

CLARA. ¿Adónde?

MARTA. A casa de Dietric, á intentar salvarle. (*Salen por el fondo, Felisa cae abatida en un asiento á la derecha. Cae el telon.*)

ESCENA PRIMERA.

FIN DEL CUADRO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Una galeria en el tribunal, el fondo enteramente abierto con tres grandes arcos, sobre una azotea, terminada por una balaustrada, más allá de la cual se distingue el panorama de la ciudad de la Haya. Detrás del arco de la derecha, una escalera exterior que conduce á la cárcel. En la galeria á la derecha, la puerta de la morada de Dietric; á la izquierda, una escalerilla de tres escalones conduce al tribunal. En una mesa de piedra cerca de esta escalera, una lámpara grande holandesa con tres mecheros. Efecto de luz artificial en la galeria, y de luna en el exterior.

ESCENA PRIMERA.

FLORIDOR, un carcelero, luego HORACIO y soldados.

FLOR. Quisiera ver al conde Horrcio; ya se lo he dicho á un compañero vuestro, á quien entregué el pèrmiso. (*El carcelero se aleja.*) ¡Ahora vendrá! ¡Pobre jóven! ¡En qué posicion está!.. Quiero darle parte de lo que medito... pero tiemblo... ¡si mi proyecto saliera mal!.. No como, ni bebo, ni duermo... ¡qué viajecito!.. Y para esto abandoné á mi cara mitad... ¡Castigo del cielo!.. (*Horacio, precedido y seguido de soldados, aparece en la escalera de la prision.*) ¡Ahí está el conde! (*Horacio baja; los soldados se quedan en el peristilo de la escalera; su*

jefe solo va al foro del teatro cerca de la balaustrada)

- HOR. ¡Señor Floridor!
- FLO. El mismo, señor conde.
- HOR. ¿Sabeis cuál es la sentencia de mis jueces?
- FLO. Sí, pero solo pienso en una cosa, y es en libertaros de ella...
- HOR. ¡Imposible!
- FLO. No lo creais... principiare por deciros que desde ayer...
- HOR. *(Viendo salir á Dietric por la derecha.)* ¡El síndico criminal!

ESCENA II.

LOS MISMOS; DIETRIC.

- DIET. Vengo á cumplir un deber riguroso... La ley exige que el hombre condenado por el delito de que os habeis hecho culpable sea careado con su víctima por última vez en presencia de un magistrado y de un sacerdote, para que la condena, si persiste en negar la reparacion que que la sentencia le impone, sea ejecutoria en el término de veinte y cuatro horas.
- FLO. *(Ap.)* Ya te daré yo esta noche las veinte y cuatro horas.
- HOR. Mi determinacion es irrevocable, y asi esa formalidad es inútil...
- DIET. Dè todos modos es preciso llenarla... La dejaremos para mañana si lo deseais... pero antes de marcharme tengo que dirigir algunas palabras á este caballero.
- FLO. *(Ap.)* ¿A... á... mí?
- DIET. Tengo que hablaros de cosas bastante graves.
- FLO. *(Ap.)* Me hace temblar. *(Alto.)* Yo no he seducido á ninguna inclusera.
- DIET. Quizás habeis intentado otras seducciones.
- HOR. *(A la izquierda.)* ¿Qué significa?
- FLO. *(En medio.)* Jamás... en buen pais estoy!
- DIET. ¿No habeis prometido ó dado dinero á nadie?
- FLO. *(Cortado.)* ¿Yo... dar dinero? no...
- DIET. ¿Y papel contra el banco de Amsterdam?
- FLO. ¡Ay!.. ¡ay!.. ¡ay!..
- DIET. Verbi gratia, mil florines al portero de la cárcel para que no vigile demasiado la gente que puede entrar y sa-

- ...ir hoy por la puertecilla falsa...
- FLOR. Me cogieron en el garlito...
- DIET. Cinco mil florines para que se repartan entre los hombres que estan hoy de servicio: diez mil florines al cantinero para que dé á un preso su traje, y en fin, veinte mil florines al carcelero, para que aun exponiendo su vida se haga cómplice de una evasión.
- FLOR. (Ap.) ¡Traidores! ¡me han vendido!
- DIET. Bajo este sobre, encontrareis esas cantidades, tomadlas!
- HOR. ¡Señor Floridor, conque queriais!
- FLOR. Si, todó eso es verdad, y pido mil perdones.
- DIET. ¡Ah!.. ¿os arrepentis?
- HOR. Si, me arrepiento de no haberme salido con la mia.
- DIET. No negafeis vuestra culpabilidad.
- FLOR. Si, soy muy culpable por no haberles ofrecido mas.
- DIET. No quiero que me crean animado de ningun resentimiento de odio ó de venganza... tomad, pues, vuestro dinero... esa tentativa de corrupcion quedará impune, pero me vais á prometer no reñvarla, ó si no...
- FLOR. ¿Y quereis que mire con los brazos cruzados cómo ahorcan á mi amigo?
- HOR. ¡Floridor!..
- FLOR. No quiero prometer nada... al contrario, veinte veces repetiré la tentativa... Por salvar al señor conde, compraré, si puedo, todos los porteros, guardianes, carceleros, soldados, toda la república de Holanda. Clarito... ya estais prevenido... Si os acomoda, tambien á mí podeis ahorcarme.
- DIET. Cuidado con lo que decis...
- FLOR. Pocos cuidados necesito tener cuando quiero que me ahorquen.
- HOR. Yo os prometo que el señor Floridor no intentará nada en favor mio.
- FLOR. No lo creais.
- HOR. (Yendo á Dietric.) Os juro por mi honor que no me prestaré á ningun proyecto de evasión.
- DIET. Esa palabra me basta; ahora, si deseais hablar con alguien, voy á dar órdenes para que dejen entrar á las personas que designeis... (V áse.)

ESCENA III.

FLORIDOR, HORACIO.

FLOR. ¡Infame!.. ¡y yo que he dejado que todo se descubra!

HOR. ¿Conque para salvarme dabais una parte de vuestra fortuna?

FLOR. Cada cual da lo que tiene!.. Yo, pobre de mí, no tengo talento y no puedo darlo!.. pero tengo dinero y lo doy!..

HOR. Teneis además un corazón bueno y noble, y en vísperas de una separación eterna quiero confesaros que no había comprendido todo lo que valeis!..

FLOR. (*Mirando sus piernas y sus brazos.*) ¡Oh! valgo los doce millones que poseo, lo restante no vale gran cosa!..

HOR. Cuando os conocí, lejos de haceros la debida justicia sucedió con frecuencia que!..

FLOR. Que os burlasteis un poco de mí!.. bien lo veia; pero dije para mí: eso le divierte!.. dejémosle, no siempre será lo mismo!

HOR. Y os hago esta confesion porque quiero que me perdonéis, y porque ahora conozco que habriais sido un buen amigo!

FLOR. En cuanto al perdón no hablemos de eso, pero por lo que toca á la amistad, no os engañais; os tengo un afecto á toda prueba!

HOR. Sé que pensareis amenudo en mí, que me llorareis un poco!

FLOR. (*Enjugándose los ojos.*) No, no; no quiero lloraros... quiero salvaros y nada mas!

HOR. Respetareis la palabra que he dado, os volvereis á Francia, amigo mio, y conservareis mi memoria eternamente!

FLOR. ¡Maldito sea el dinero! ¿De qué me sirven mis talegas si no puedo hacer nada en vuestro favor?

HOR. ¡Felisa! (*Viendo salir á Felisa seguida de Juan por la puerta del tribunal.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, FELISA, JUAN, *que se retira al foro con FLORIDOR.*

- FELISA. Mi padre, que ahora está con vuestros jueces, me ha permitido que os vea.
- HOR. Le doy gracias; el poderos dirigir un postrer adios, es para mí un gran consuelo.
- FELISA. ¿Conque seguis resuelto á morir?
- HOR. Lo estaba antes de que se pronunciara la sentencia. Hoy el mundo diria que he temblado, que acepto la vergüenza temiendo la muerte.—Ayer moria por vos, Felisa; hoy muero por mi honor.
- FELISA. En ese caso os pregunto qué he de hacer yo de mi vida en tanto que Dios me llame á sí y nos reuna.
- HOR. ¿Me pedis que yo al borde del sepulcro disponga de vuestro destino?
- FELISA. Lo exijo formalmente. Cuando hayais muerto no sabré pensar ni hacer nada. ¿No sois el guia, el sosten que yo me habia elegido en este munno?.. ¿No estamos unidos delante de Dios?.. Cuando mi padre se ausenta de casa siempre da sus órdenes á mi madre; ahora que me dejais, Horacio, teneis que comunicarme vuestras disposiciones.
- HOR. Oidme, pues, Felisa; no os recomendaré que conserveis mi recuerdo, pues sé que no me olvidareis nunca... tampoco os recomiendo que vivais, pues sois una jóven llena de virtudes... pero sí deseo que vuestro dolor no sea una fuente de penas para las personas que esten á vuestro lado... que soporteis resignada nuestra separacion, que digais á Dios: «aceptó la prueba que me imponeis; no lloro, Señor, porque espero que nos reuniereis en mejor vida.»
- FELISA. Os lo juro.
- HOR. Recibid mi postrer adios en la tierra. (*Se arroja y le besa las manos.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS, DIETRIC.

- DIET. Señor conde, (*Saliendo por la puerta de la derecha.*) el sacerdote y el magistrado os esperan.
- HOR. No he cambiado de resolución, (*A Floridor.*) amigo mio. (*Le muestra á Felisa.*)
- FLOR. Está bien, señor conde. (*Sostiene á Felisa, que viendo al conde dar un paso para alejarse, se arroja en sus brazos por última vez; Floridor se la lleva al fin, la confía á Juan, y la espera á la puerta del tribunal.*)
- HOR. Vamos pues. (*Váse con los soldados, y sube la escalera de la cárcel.*)
- DIET. Permanecerá inflexible (*Siguiéndole.*) y quedarás vengado, Wilfrido...
- FLOR. ¿Y querrá Dios separar esos dos corazones? No puede ser... ¿Qué veo? La señora de Van Delberg y Marta. (*Mirando al foro izquierda.*)

ESCENA VI.

FLORIDOR, CLARA, MARTA.

- CLARA. ¿Está aquí el sindico criminal? (*A Floridor.*) Hace una hora que le buscamos. (*Floridor hace una señal afirmativa.*)
- FLOR. Corro á prevenirle. (*Sube la escalera de la cárcel.*)
- MARTA. Os he seguido, madre mia; me habeis revelado el secreto de mi nacimiento, pero inpediré lo que intentáis ahora...
- CLARA. ¿Tú?...
- MARTA. No seré ya un obstáculo para la felicidad de Horacio y de Felisa; quiero que se case con ella.
- CLARA. ¿Pero y la ley?
- MARTA. Yo sabré sustraerle á sus rigores, no le obligarán á casarse conmigo cuando yo esté... (*Con exaltacion.*)
- CLARA. Desgraciada, ¿quieres morir? (*Mirándola fijamente.*)
- MARTA. No, no... (*Cortada.*)
- CLARA. Me engañas, pero leo la verdad en tus ojos, quieres mo-

rir para dejar á Horacio en libertad de casarse con Felisa;.. pero tú tambien eres mi hija, á tí tambien te amo...

MARTA. ¡Madre mia!

CLARA. ¡Cielos! ¿me la habeis devuelto para arrebatármela en seguida? ¿Me habeis recordado mi falta, para hacérmela expiar de un modo tan terrible? ¡Dios mio!.. ¡No me obligueis á elegir entre la vida de mis dos hijas!

MARTA. Hace una hora no existia para vos, olvidadme. (*Quiere alejarse.*)

CLARA. No te perderé de vista.

MARTA. Acordaos de Horacio y de mi hermana.

CLARA. Pues bien, os salvaré á las dos...

MARTA. ¡Cómo!

CLARA. Jura al instante por tu vida y la de tu madre, que no atentarás á tus dias.

MARTA. La ley es inflexible, y el juramento que exigis de mí, será la sentencia de Horacio y de mi hermana.

CLARA. No, vivirán los dos si juras lo que te exijo.

MARTA. Pues bien, si lograis asegurar su felicidad, lo juro... Y ahora me direis cual es vuestra esperanza.

CLARA. Condenan á Horacio por haber seducido á una inclusera, tú no lo eres ya, porque yo soy tu madre.

MARTA. ¡Cielos!... la revelacion del secreto de mi nacimiento es vuestra deshonra.

CLARA. Quizá tu padre, Dietric, me la evitará; pero si su corazon desoye mis súplicas, hablaré...

MARTA. No, no...

CLARA. Mas vale el deshonor para una madre, que la muerte del fruto de sus entrañas. (*Con fuerza.*)

MARTA. ¡Madre mia!

CLARA. Silencio, aqui llega. (*Dietric baja la escalera de la cárcel.*)

ESCENA VII.

DIETRIC, CLARA, MARTA.

DIET. (*A Clara.*) Me habeis mandado llamar... ¡Ay! nada conseguireis (*Viendo á Marta.*) del conde Horacio... Está resuelto á morir, y morirá...

MARTA. Os engañais... vos mismo le salvaréis!

DIET. ¿Perdeis el juicio?

CLARA. Dietric, hace algunos dias (*Conmovida.*) vinisteis á recordarme un pasado doloroso para imponerme vuestra voluntad... queriais obligarme á que diera mi hija á Wilfrido.

DIET. ¡Wilfrido! Ojalá hubiera hecho uso del arma que yo le ofrecia; con la carta que (*Sacando una carta del bolsillo.*) os escribió Clementina Brunner, y con esta que me escribió á mí tambien, habria podido decidiros, y el conde no estaria amenazado de la última pena.

CLARA. El conde vivirá.

DIET. ¿Ignorais que está sentenciado á muerte?

CLARA. Anularán esa sentencia injusta...

MARTA. Horacio debe casarse conmigo porque ha seducido á una mujer sin padre ni madre, ¿no es verdad?

DIET. Sí...

MARTA. Pues bien, tengo padre; leed esa declaracion que dictaba (*Dándole un papel.*) al morir la misma Clementina Brunner que os escribió la carta que poseeis.

CLARA. Marta está en la sepultura, esta es Maria.

DIET. ¡Mi hija!.. ¡Es mi hija! (*Soltando la declaracion que acaba de leer y que Marta recoge.*)

CLARA. ¡Ah!.. no la rechazéis...

DIET. (*Tomando la mano de Marta.*) Estoy dispuesto á darla mi nombre, mi fortuna, y el puesto que ocupaba en mi corazon el que ya no existe... pero antes el conde Horacio la devolverá su hora...

MARTA. ¡Gran Dios!

CLARA. ¿Qué decis?

DIET. ¿Quereis que me declare padre de esta jóven para que su seductor pueda dar su nombre á otra!.. Y vos, su madre, celosa de la hora, de la felicidad de vuestra hija, debéis comprenderlo asi; que el conde sea su marido, la reconoceré...

MARTA. ¿Y si se niega, morirá?

DIET. ¿Que muera! (*Con energia.*) No le sacrificaré á la vez el recuerdo de Wilfrido y el honor de Marta. (*Marta delirante, sube la escena.*)

CLARA. ¿Quereis, pues, que sea yo quien pierda la honra?

DIET. Quiero que el conde incline la cabeza y repare su falta... Vos, esposa y madre, callareis...

CLARA. ¡Ah!.. sois mil veces mas inflexible que la ley, mil veces mas cruel que el verdugo que la ejecuta...

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, VAN DELBERG.

- MARTA. Vuestro marido, madre mia. (*Bajo. Van Delberg sale por la izquierda.*)
- DELB. Felisa está ahí... lleváosla al instante, pues en breve todo estará concluido para el conde.
- MARTA. ¡Perdido! ¡cuando una palabra podría salvarle!
- DELB. ¿Decis que (*Yendo á Marta.*) le pueden salvar?... ¿Quién?... ¿Quién?... hablad pronto...
- CLARA. ¡Yo!.. La sentencia (*Con delirio.*) contra Horacio no se ejecutará... Marta no es una...
- DIET. ¡Señora! (*Bajo.*)
- CLARA. No es una inclusera... (*Con fuerza señalando á Dietric.*) hé aquí su padre...
- DIET. ¿Quién puede probar (*Encendiendo un papel en la lámpara sin ser visto.*) lo que decis? la carta que me escribía Clementina Brunner anunciándome la muerte de Maria, carta igual á la que habia escrito á su madre, ya no existe... (*La arroja encendida á los pies de Clara.*)
- CLARA. Habeis jurado mi muerte.
- DIET. He jurado que Marta recobrará la honra.
- CLARA. Pues bien, si tu padre (*Corriéndolo á Marta al extremo derecho.*) te reniega, yo te reconozco... Yo soy su madre... (*Volviéndose hácia su marido y cayendo á sus pies.*)
- DELB. Vos!.. vos!.. (*Se lanza hácia ella con furor, luego deteniéndose de repente prorumpe en sollozos.*) su... su... madre!.. ¡Desgraciada!
- CLARA. ¡Matadme!.. pero impedid la muerte del conde, que es la muerte de nuestra Felisa.
- DELB. ¿Conque me habeis engañado?... (*Abatido.*) ¿os habeis burlado de mi crédulo amor? ¿Habeis usurpado veinte años de ternura y de cariño, y porque hoy el acaso pone en vuestra presencia el fruto de vuestra falta, pensais que os perdonaré porque sollozando os arrojaís á mis pies diciendo: ¡yo soy su madre!.. ¡Perdonaros!.. jamás... Me creeis tan cobarde?
- CLARA. Os creo el más noble de todos los hombres, y os lo habria confesado todo sin la violencia que se me hizo hasta el pié del altar; pero Dios me es testigo que desde el

día en que llevé vuestro nombre, he querido rescatar esa falta del pasado á fuerza de desesperacion y de lágrimas. Dios me es testigo que os he dado todo mi amor, toda mi alma, y si hoy os entrego mi honra y mi vida, es por conservaros vuestra hija... Os lo repito... no os pido compasion ni gracia: publicad mi vergüenza y matadme, pero salvad á Felisa!

DELB. ¡Ah!.. con una palabra acabais de desvanecer toda la felicidad de mi vida. En cuanto á vos, que no habeis (*A Dietric.*) temido aniquilar la prueba de vuestra paternidad, hombre sin alma y sin honor, de Dios os vendrá el castigo.

DIET. ¡Caballero!

DELB. ¿Poseeis la prueba (*A Clara sin mirarla.*) de que Marta es vuestra hija?

CLARA. Sí.

DELB. (Está bien... conozco mis deberes de padre y de magistrade...) Venid, venid todos... (*En alta voz subiendo al foro.*)

FELISA. ¡Padre mio! (*Saliendo por la izquierda.*)

DELB. (¡Felisa!.. (*Abrazándola.*) ¡Delante de ella!.. ¡Dios mio!) (*La hace pasar á su izquierda, el conde Horacio rodeado de soldados y seguido de Floridor, baja de la cárcel. Por la puerta del tribunal salen magistrados seguidos de otros ciudadanos. En el fondo los carceleros.*)

ESCENA ULTIMA.

LOS MISMOS, HORACIO, soldados, magistrados, carceleros.

DELB. Señor conde Horacio de Albaret, dentro de un instante estareis en libertad...

FELISA. ¡Cielos!

DELB. Los jueces anularán la sentencia que os condena. Marta tiene madre y es Clara Van Noel, hoy mi esposa... (*Movimiento general de sorpresa.*) ¡Y su padre existe! (*Mirando á Dietric.*) Está aqui delante de todos.

DIET. ¡Señor Burgomaestre! (*Levantando la cabeza.*)

DELB. Sí, su madre es mi mujer, y su padre... (*Todo el mundo parece interrogarle.*) su padre... ¡soy yo!

DIET. ¡Él!

CLARA. ¡Ah!.. ¡qué corazon el vuestro!.. (*Besándole las manos.*)

DELB. Por nuestra hija. (*Señalando á Felisa, Clara cae á sus pies.*)

FELISA. ¡Vivireis, Horacio!

HOR. Pero entre nosotros, Felisa, está vuestra hermana.

MARTA. ¡No, yo no seré obstáculo á vuestra felicidad!... (*Co-
giendo la mano de su madre.*) ¡Madre mia! ¡os he prome-
tido vivir, pero me permitireis que esta vida se la con-
sagre á Dios en un convento!

FIN DEL DRAMA.

*Este drama está examinado por la censura de teatros,
que no tiene inconveniente en que se conceda la licencia
necesaria para su representacion.*

Madrid 11 de Noviembre de 1857.—FERNANDO COS-
GAYON.

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 12 de noviembre de 1857.

*Conforme con el dictamen del Censor y Real orden ex-
pedida por el ministerio de la Gobernacion con fecha de
hoy, puede representarse este drama en cinco actos, titu-
lado Las Huérfanas de la Caridad.—El Gobernador, EL
(MARQUÉS DE CORVERA.*

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Antes que te cases...
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
Achaques de la vejez.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adpuiridos.

Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Castor y Polux.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Castilina.
Cárlas IX y los Hugonotes.

Delirium tremens.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
De audaces es la fortuna.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.

El amor y la moda.
¡Está local!
En mangas de camisa.

El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El síllo de Sebastopol.
El todo por el todo.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
El gitano, ó el hijo de las Alpu-
jarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.

Furor parlamentario
Faltas juveniles.
Flor de un día.

Grazalema.

Historia China.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.
Honra por honra.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes

Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos es pañoles ó
la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspnedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La choza del almadreño.
Los Amantes de Truel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creación y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de Sau Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
La alegría de la casa.
Las cuatro estaciones.
Las mujeres de mármol.
La vida de Juan Soldado
La llave de oro.
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.

La ninfa iris.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasión.
Libertad en la cadena.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Marilana Labarlú.
Martin Zurbano,
Moedades.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra Nobleza.
No es oro todo lo que reluce.

Olimpia.

Pescar á rio revuelto.
Piensa mal y errará.

Una conjuración femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas
Una idea feliz.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una noche en blanco.
Un anuncio en el Diario.
Una ráfaga.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una lección de corte.
Una falta.
Un paje y un Caballero.
Una broma de Quevedó.
Un sí y un no.
Una Virgen de Xurillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una lección de mundo.
Una mujer de historia.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

Por un reloj y un sombrero
Por ella y por él.
Por una hija!...
Para heridas las de honor
desagravio del Cid.
Por la puerta deljardín.

Rival y amigo.

Su Imágen
San Isidro (*Patron de Madrid*)
Suenos de amor y ambición
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Ver y no ver:
Verdades amargas.

Un Amor á la moda.

ZARZUELAS.

Alumbra á este caballero.
A última hora.
Angélica y Medoro.

Buenas noches, vecino.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.

Escenas en Chamberí.

El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.

Guerra á muerte.

Juan Lanás.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita.
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
La Colegiala.

Mateo y Matea.